



EL MOTÍN



Año XXXII.

Madrid, Jueves 18 de Enero de 1912

Núm. 3.

Todos indultados

De los siete condenados á muerte por los sucesos de Cullera, seis fueron indultados por el rey, á propuesta del ministerio.

El otro, estando ya en capilla, fué indultado por el rey.

Esto prueba que si en 1909 los conservadores hubieran propuesto al rey el indulto de Ferrer y los demás que fueron fusilados, habrían sido indultados también.

Ahora los conservadores y los de la Defensa Social han hecho cuanto han podido para que se demostrase que sin verdugo no es posible gobernar dentro de la monarquía.

La respuesta del rey debe haber caído sobre sus conciencias como una losa; como una desilusión sobre sus esperanzas.

EL MOTÍN ap'aude á todos los que en una ú otra forma han colaborado en la obra del indulto, y escupe sobre los reptiles que se agitaban frenéticos en el pantano de las inmundicias clericales en espera de que les arrojasen siete cadáveres para saciar su insaciable apetito.

Hablaré más sobre esto, cuando tenga más antecedentes.

¡CAYO PARA SIEMPRE!

No; no se volverá á levantar el patíbulo en España. Con ley ó sin ley, cayó para siempre. Las vigas que hasta aquí lo sostuvieron han ido á apuntalar el trono, que ha sentido la falsedad de la base en que se lo aseguraban, no los monarcas, sino los parásitos de la monarquía y sus explotadores.

Si alguna vez hubo gesto de un rey constitucional de España realmente mayestático, ha sido este soberano pontapé de Alfonso XIII al cadalso y á los políticos que hacían del cadalso pedestal de su dominio.

¿Que las leyes sostienen todavía el cadalso?

El monarca, con una intuición de lógica superior al rabinismo de los tribunales, ha proclamado con gallardía, á la cual no hemos de regatear aplausos, que en nombre de *leyes condenadas á muerte* y ejecutadas ya hace tiempo en la conciencia humana, no pueden ejecutarse sentencias de muerte contra los ciudadanos.

¿Acaso esa ley patibular no está condenada á muerte en el propio programa

del gobierno liberal? Si este gobierno hubiese cumplido su deber constitucional de llevar á las Cortes la reforma suprimiendo la pena de muerte ¿habría hecho falta ahora el indulto?

Cuando el rey llamó á su Consejo al partido liberal, conociendo perfectamente este artículo del programa ¿no significaba con ello que la corona aceptaba ese artículo, que tenía confianza en su eficacia moral y que abría al partido las puertas del poder para llevarlo á la práctica? D. Alfonso lo ha dicho: «soy un rey constitucional ante todo». Y, si; lo ha sido; y este arranque constitucionalísimo debe ser aplaudido.

El Rey ha hecho bien en tomar iniciativa poniendo en práctica, en el ejercicio de su prerrogativa, en un caso particular, lo que su Gobierno debía haber extendido por ley general.

La monarquía, á quien antes se hacía decir que no podía vivir sin el patíbulo, ahora ha proclamado que no puede vivir con patíbulo.

Celebren los monárquicos con orgullo este acto del monarca constitucional, que en este caso ha preferido la concordia con su pueblo, á la concordia con los pseudopatriotas. Este es un caso de constitucionalismo eminente.

Para que haya podido el rey dar este gallardo espectáculo, han sido menester muchas circunstancias que nos sirven de lección para lo futuro.

Primeramente ha hecho falta que la voluntad nacional, raíz del derecho vigente, se pronuncie con la franqueza y estrépito que lo ha hecho, saliendo de su atonía ante los problemas políticos, y haciendo pública su conciencia política y su voluntad de hacerla respetar en sus manifestaciones legítimas, como ley suprema del Estado constitucional.

Sólo así los soberanos pueden orientarse hacia ella, oyéndole hablar el lenguaje del derecho constituido y viendo esa voluntad preconstituyente de la Constitución y que debe ser su reconstituyente continuo.

Y ha hecho falta además un abogado cuyo ego hicimos hace cuatro semanas, y que en el caso presente ha excedido los encomios que le dirigimos.

Habíamos de Barriobero.

Su triunfo es colosal. Ha sido abogado ejemplar, verdadero abogado universal de su defendido, en estrados y fuera de ellos, agotando todos los recursos e inventando recursos desusados.

Si que no ha sido sólo con la acusación, ha sido con el patíbulo.

Cuando no fueron suficientes sus argumentos jurídicos para hacer enfundar los instrumentos de muerte en el tribunal, acudió á los otros argumentos supletorios de la invocación de la piedad, de la remoción de todos los sentimientos públicos; apeló á esa otra conciencia jurídica ambiente que tanto pesa sobre los magistrados, y que, cuando no puede vencer la mano inexorable del juez, paraliza la mano del *ejecutor de las grandes obras*.

El ha llevado el reo, y el patíbulo, y esa conciencia pública, y esa voluntad nacional á presencia del monarca; él ha hecho sentir y despertar el alma jurídica española... El ha sido el campeón de esta gran batalla.

No sólo ha salvado del patíbulo á su defendido: ha hecho trizas el patíbulo, que ya no volverá á levantarse. El cadalso que se estaba armando en Cullera, al derrumbarse ha aplastado á los clericales que en él se apoyaban. Con las virutas de sus desechos irá al fuego el espíritu patibulista. En los hoyos abiertos para sostener sus pilares han sido enterrados los partidos patibulares. El indulto de Cullera es el sello soberano que cierra esta losa sepulcral.

Jamás el escudo de los reyes pudo lucir en monumento más digno.

Barriobero ha cumplido como quien es y mejor de lo que nadie esperaba. EL MOTÍN le felicita y se felicita.

R. MAYOL

El año 1812

Hace un siglo que en las Cortes de Cádiz fué consagrado á la Libertad el Pueblo español.

Desde entonces acá, cuánta sangre vertida, y cuántas lágrimas derramadas, y cuántas ruinas amontonadas y cuánta desolación por todos partes, para defender á la Libertad de su único enemigo, la Iglesia católica! Por millones se cuentan las víctimas.

Y á pesar de saberlo todos, hay hombres de talento, que se dicen liberales y aun republicanos, postrados hoy sumisamente ante los sacerdotes de un dogma en que ninguno cree; y postrados por cobardía, por interés, por cálculo...

Pensando en esto, se comprende la lástima con que nos miran unas naciones; lo mucho que otras nos desprecian; la poca consideración que nos guardan todas.

Pueblo que tuvo hace un siglo unas Cortes como las de Cádiz, tan viriles, tan honradas, tan patrióticas, y que hoy sufre resignado el yugo de la Iglesia, resulta todavía favorecido con la lástima, eraltado con el desprecio...

Si hoy levantarán aquellos legisladores inmortales la cabeza, y nos preguntarán qué habíamos hecho de la herencia que nos legaron, mentiríamos si les dijéramos otra cosa que ésta:

«Se la hemos cedido á la Iglesia, juntamente con nuestro honor, nuestra altivez y nuestra independencia, por unas entradas de Paraíso».....

Aquí llegaba de este escrito, cuando recordé que sobre este mismo tema de nuestra degeneración escribí hace quince ó dieciséis años un artículo; lo busqué, lo leí, y pareciéndome que no sabría decir ahora nada mejor para desartillar la idea, á continuación va.

Degeneración

Tengo á la vista un cuadro «dedicado á los liberales españoles», con los retratos de los héroes de la Libertad, desde Diego de Heredia, decapitado en Aragón en 1592, hasta Marcelino López, fusilado en Madrid en 1848, y pienso en este instante que los hechos que se les atribuyen son fabulosos, que no murieron como se dice, y hasta que suplicios, hechos y nombres han sido inventados. Y me fundo, en que hasta físicamente es imposible que de tan honrados, valerosos y desinteresados varones hayamos salido nosotros, tan indignos, tan cobardes, tan egoístas. El león engendra siempre leones, que serán menos grandes ó menos fieros, según que nazcan ó vivan en éste clima ó aquí; pero jamás engendra liebres. Y liebres, y como ellas asustadizas, somos hoy los españoles.

Propongo, por lo tanto, que se registren cuidadosamente los archivos y se hojeen las historias, para averiguar si efectivamente han existido en otros siglos los Padillas, los Bravos, los Maldonados, los Acuña, y en el presente los Porlier, los Lacy, los Riegos, los Empeñados, los Zuñanos, los Valterras, y si es verdad que ayer, como quien dice, pasaron por el mundo de los vivos los Esparteros, los Narváez, los O'Donnell, los Dulces, los Serranos, los Prim y tantos otros que se indignaban al sentirse heridos en su dignidad, ó se erguían al oír que la patria lanzaba gritos de angustia.

Y si para honra suya y mengua nuestra hubieren existido, propongo que se destruyan los monumentos y libros que lo testifiquen, á fin de que pasen á la categoría de héroes de leyenda; que menos vergonzoso para nosotros será tener unos mitos más en nuestra historia, que confesar que venimos de tales hombres. Vale más descender de esclavos

y acabar en reyes, que de quien ciñó corona y arrastra cadena.

Rápido ha sido el descenso. Hoy se habla ya de la generación pasada, cual si hubiera tres siglos de por medio. Nos parecen sus hombres de otra raza superior completamente extinguida.

En este casi universal naufragio de caracteres, lo mismo nos envanecemos ya con los hechos de un moderado que de un progresista: Narváez embalsamado al embajador inglés, nos parece tan grande como Olózaga presentándose á defenderse en el Congreso cuando le olía á pólvora la cabeza. Buscamos hombres, no ideas. Nos seduce lo grande, realizálo quien quisiera. La Historia desprecia las pequeñeces; hechos grandes y grandes hombres; esto recoge. Que pensaran de una ú otra manera, que resultaran buenos ó malos, ¿qué importa?

Por esto, á la distancia en que estamos, lo mismo admiramos los discursos de Ros Rosas, que los de Rivero; á Berra batiéndose por la libertad en las calles de Madrid, que á Guillén muriendo por la República en los campos de la provincia de Cádiz.

No abjuramos, al decir esto, de nuestras particulares opiniones; combatimos con el empeño de siempre las ideas que representaban algunos de aquellos hombres que hoy enaltecemos; pero vamos á negar por esto que se salieron del molde vulgar, ese molde en que todos los de ahora estamos vaciados? ¿Vamos á sostener que no ha habido gigantes porque nosotros seamos pigmeos?

Y que somos lo último, pruébalo claramente el que ni uno solo siquiera procuramos imitar lo que hicieron los hombres del cuadro que tengo delante; hombres de cuya existencia dudaría en absoluto, si no viese por todas partes vestigios de la gran obra que realizaron, y que nosotros, imbéciles degenerados, no sabemos conservar ni nos atrevemos á defender.

Apéndice

Si á alguno de los grandes hombres (?) que militan hoy en los partidos liberal y republicano le escociese lo que digo de los héroes de la Libertad, contestarle yo con estos versos esculpidos en el sepulcro de Pedro Antunez:

«La vida de los pasados
reprehende á los presentes;
ya tales somos tornados,
que el mentar los enterrados
es ultraje á los vivientes.»

A los clericales

Veo los esfuerzos que hacéis para resucitar el pasado de la Iglesia, y quiero ayudaros. El pasado tal cual fué; no cual vosotros lo presentáis.

Volcaré la Iglesia Verdad sobre la Iglesia Mentira, y allá veremos. Y ro-

tomando datos ni copiando juicios de impíos ni de herejes, sino de creyentes y santos.

¿Qué descripción del tormento, aun haciéndola un Víctor Hugo, produciría la emoción que la copia de las Actas levantadas allí, en los mismos subterráneos de la Inquisición?

Aquel taquígrafo fúnebre llamado secretario... Aquel obispo impasible... Aquellos inquisidores marmóreos...

El verdugo que jura apretar á conciencia la cuerda... El médico que testifica la rotura del hueso...

La víctima pidiendo que la maten antes que desnudarla... Llorando, suplicando, lanzando ayes... Llamando á sus hijos, á su esposa... Invocando á Dios, á la Virgen...

El tormento interrumpido para ver si el rumor escuchado fué producido por rotura de cordel ó de hueso, y al enterarse de que no es de cordel, reanudado tranquilamente...

El médico certificando que un brazo ha sido roto, un dedo de un pie arrancado, ó que la víctima ha sucumbido á la muerte natural del tormento...

¿Dónde hallar mejor guardadas las leyes de la perspectiva, conseguido con más fidelidad el ambiente, reproduciendo con más exactitud lo real?

Los estremecimientos del pudor, el ansia de la súplica, el gotear del llanto, el crujir del hueso... todo se ve, todo se oye leyendo el Acta.

El fonógrafo no reproduce mejor la voz humana, ni la fotografía la faz...

Así tampoco los juicios más exactos de los herejes y de los impíos pueden pintar la Iglesia Verdad con colores más vivos que lo han hecho sus Santos Padres, sus Concilios, sus Papas, sus Obispos, sus Inquisidores...

Y basándose en ellos, El Motín hará desfilan ante el Pueblo español los horrores de la Inquisición primero, y después las inmundicias y crímenes eclesiásticos, copiando textos de «varones eminentes en Ciencia y Virtud».

Y mientras muchos de mis correligionarios se proclaman partidarios de Pablo ó de Cefas, es decir, de Lerroux ó de Melquiades, sin fijarse en que a compás de sus enervadoras divergencias, los clericales van acabando de envolver á España en las redes de la Iglesia, yo seguiré gritando tan alto contra ellos, que al fin me oigan todos.

Y si, por haberlos dejado imponer tanto, sus Misereres, sus De profundis y sus Dies ire ahogasen por el momento mi voz, dejaré por lo menos sembrada bajo la nieve que hoy cubre los corazones y los cerebros, semilla que brote pujante mañana al brillar sin nubes el sol de la Libertad.

Y creeré haber hecho más por España, que cuantos se han pasado la vida gritando ayer: «¡Viva Castelar! ¡Viva Pí y Margall! ¡Viva Salmerón!», y que gritan hoy: «¡Viva Lerroux! ¡Viva Melquiades! ¡Viva Azcarate!», sin preocuparse

de que el común enemigo, la Iglesia, domine arriba, degrade en medio y enetve abajo.

Una hermosa campaña

En medio de tantos pasteleos, apostasías, cobardías y desfallecimientos de los *liberales* ante las demasías de la Iglesia y los atropellos de su hijo primogénito el clericalismo, es muy consolador el ver que hay hombres y publicaciones que no se rinden ante las acometidas de los clericales y responden á sus provocaciones con nuevas y valientes campañas. Tal es lo que sucede con Nakens y EL MOTIN.

Lo que no le había sucedido jamás á Nakens durante treinta y dos años, habiendo estado sometida su publicación á la voluntad de Cánovas, Pidal, Silvela, Maura y de todos los neos influyentes y poderosos que brotaron á la sombra de la Restauración, le ha sucedido ahora bajo la jefatura democrática y europea de Canalejas.

Por una ingeniosa caricatura representando los suplicios de Jordano Bruno y Juana de Arco, él, que ha publicado las caricaturas anticlericales más atroces que se han visto en el mundo sin la más leve denuncia, ha sido ahora condenado y tiene que pagar tres mil pesetas de multa. ¡Hola! ¿Les escuece á ustedes, señores neos, el que ponga en solfa los autos de fe que fueron fiesta nacional española, y de las magníficas, hasta 1810 en España? Pues denunciad y perseguid á la Historia y á los archivos de la nación, y tomad procesos inquisitoriales y autos de fe á todo pasto.

Y en el primer número de EL MOTIN de este año se da á luz un proceso y se describe el tormento de una infeliz mujer de 22 años, esposa y madre, que no se puede leer sin que las lágrimas acudan á los ojos y sin que el pecho hierva de indignación. ¡Y aun hay católicos *ilustrados*, como Menéndez Pelayo, que encuentran *santo y justo* aquel odioso tribunal! Los gritos desgarradores de D.^a María de Carlos lanzados desde la cámara de los tormentos de la Inquisición, repercuten todavía en las almas rectas, y después de doscientos años levantan tempestades de odio contra la Iglesia en el siglo xx. ¡Ah! ¡Y todavía decís las meretrices del falso liberalismo que es *cursi* hablar del clericalismo y de la Inquisición! Contemplad el cuadro de una mujer joven y bella, rodeada de un obispo y tres curas y dos verdugos del Santo Oficio, tendida sobre el potro del tormento, en un subterráneo, á la que antes se le ha mandado desnudar y quitar la camisa, el mayor suplicio para una mujer honesta, que se ve devorada por las miradas de aquellos infames sadistas para quienes el dolor es un acicate para su ahita lujuria. La pobre víctima, viéndose profanada, exclama:

—¡Dios tenga misericordia de mí! ¡Ay, hija de mi alma y de mi vida, que me tengo que desnudar y me he de ver desnuda! ¡Dios mío! ¿Cuándo yo fui deshonrada, que me tengo que ver desnuda? ¡Dios mío! ¡Por amor de Dios! ¡Que me

maten primero que el verme desnuda! ¡Dénme garrcte primero que hacerme desnudar! ¡En mi vida me desnudé delante de mi marido y ahora me desnudan!

Y con pausa, prenda á prenda, para mayor recreo de aquellos canallas, van quitando á doña María de Carlos sus ropas, el jubón, falda, justillo, zapatos, medias, enaguas y hasta la camisa. Y una vez desnuda en absoluto y tendida boca arriba, con las manos y pies sujetos al potro, rodeada de toda aquella canalla de santos, el verdugo le coloca un pañete sobre los órganos genitales. ¡A buena hora! Cuando la bestia inquisitorial con su mirada ha violado toda la honestidad de su víctima. Póngase en el caso de esta infel z cualquiera de mis lectoras y comprenderá si puede haber mayor suplicio para una mujer honrada que este. La Inquisición no se valió nunca para estos menesteres de mujeres; todo lo hacía por medio de hombres y para hombres solos. Los puros y los morales de los santos inquisidores lo querían todo para él, sin la intervención de ningún ojo ni mano profanos.

La desnudez, con ser el mayor tormento, el del pudor, era sólo una preparación para el tormento. Como dice Nakens en su *Almanaque de la Inquisición*, que acaba de publicar, ante los padres inquisidores, frailes, obispos y arzobispos, asistidos del notario, alcaide de la cárcel, médico y oficiales privilegiados, en la sala, alumbrada por velas bendecidas y á presencia de un crucifijo, comparecían acusados y acusadas, ora fuesen monjas como sor María Rojas, sor Marina de Guevara, sor Catalina de Reynoso, las monjas de San Plácido de Madrid, carmelitas, agustinas, prioras ó legas; ora fuesen damas aristocráticas, sin excluir las mismas damas de la reina, y aún las propias reinas; los magistrados, sabios ilustres, prelados y santos; y todos, al ser sometidos al tormento, estaban condenados á verse desnudiz lentamente, majestuosamente, ante los cínicos testigos del suplicio, predicadores de la honestidad y del recato.

El instinto del pudor, que en la mujer predomina sobre el mismo instinto de conservación, era matado y destruido allí, en aquel cubil de fieras ensotadas. Isabel la Católica, la reina inquisidora, prefirió morir á dejarse registrar del médico; infinitas mujeres se han suicidado antes que verse expuestas á la miradas de los hombres. ¿Qué no harían, dirían y confesarían las mujeres víctimas de la Inquisición ante tal suplicio? ¿Qué les importaba ya la muerte, ni una vida envuelta en la vergüenza?

El proceso y tormento que describe EL MOTIN en su número 1.^o de este año vale por toda la colección de este semanario, con ser tanto y tan bueno lo que ha publicado en treinta y dos años de vida.

La generación actual no sabe lo que era la Inquisición; el falso liberalismo hizo circular como axioma que era cosa de *poco gusto* hablar de estas cosas. Y precisamente es todo lo contrario; la vergüenza y la ignominia de aquello que se llamó Santo Oficio es la gran mancha, el gran baldón de la Iglesia; todos los beneficios que pudo ocasionar en el mundo, si es que ha realiza-

do alguno, se borran y esfuman ante este mundo de infamias que representan las hogueras, fiscos, cárceles y tormentos de la Inquisición.

La Iglesia tiene sus vestiduras teñidas con la sangre de millones de inocentes, de cuyas muertes y suplicios no se puede sincerar, ni la han vindicado jamás sus más entusiastas apologistas. Ha sido una idea feliz, que producirá ópimos frutos, vaciar el *Arca del secreto* de la Inquisición española y lanzar á los cuatro vientos todos estos horrores inéditos, que se guardaron siempre en el más impenetrable secreto.

Ninguna de estas cosas será inventada, ni copiada de sectarios. No hace falta; el *Archivo histórico nacional*, las Bibliotecas de Madrid y Barcelona y los archivos de Sevilla, Simancas y Alcalá están repletos de ellas. Ya que no se pueda hablar de los vivos, hablemos de los muertos y combatamos al presente con el pasado. Vulgaricemos las glorias de la Iglesia, de la Compañía de Jesús y del Santo Oficio.

FRAY GERUNDIO

(El Diluvio, Barcelona).

La lámina de hoy

Una monja emparedada

Uno de los suplicios más crueles inventados por la Iglesia para vengar sus agravios ó hartar su crueldad, fué el suplicio del emparedamiento.

Consistía en empotrar al castigado en una pared, dentro de un hueco reducido con un agujero por donde le introducían la comida haciéndole acabar su existencia en aquella vida de reptil prisionero.

Los actos por los cuales era puesto en tal agonía el cristiano, eran tan arbitrarios como todos los de aquellos juicios.

Aplicábase particularmente á aquellas víctimas de cuya libertad los Prelados podrían temer las represalias de las infamias con ellos cometidas, y que no se atrevían á matar en auto público ó en la cámara del tormento por impedirlo otros temores.

También fué suplicio destinado á las *beatas* de profesión, tachadas de hipócritas.

Este emparedamiento puede considerarse en varias categorías de apretura y rigor.

Las cárceles de penitencia perpetua, de donde no habían de salir más los secuestrados, venían á ser el primer grado. El preso tenía un patio donde respirar, y ver un pedazo de cielo y hablar con alguno de sus semejantes explicándose mutuamente sus dolores.

Era un enterramiento dentro de un gran panteón, no tan limpio ni tan bien cuidado como el que á sus osamentas reservaban prelados y magnates.

El segundo grado era el calabozo: el preso quedaba condenado á morir sirviéndole de testigos la araña y el escarabajo, únicos sacerdotes que le asistían en su agonía y que le daban su unción.

El tercer grado era este mismo calabozo con prisiones, ó sea con la cadena y argolla al cuello, que permitían al preso el cambio de posición bastante para tenderse en el suelo ó ponerse de pie.

El último grado era este del emparejamiento, en que el paciente estaba forzado á pasar los años enteros en la posición vertical.

El ventano solía estar á altura que no permitiese al visitante ver á la víctima ni á ésta ver al visitante. La única comunicación posible con el mundo era la voz.

El católico que no quería hacerse sospechoso á los R. los. Prelados, en vez de enviar palabras de consuelo á aquel vivo enterrado, se veía obligado á enviarle flechazos de denuestos, defendiendo la justicia de la Iglesia y convenciéndole de que aquella vida era la antesala del paraíso.

Así consumía lentamente su existencia el desgraciado, oyendo desde su sepulcro los ecos de las orgías prelatiales de los obispos, canónigos, abades é ilustres católicos que tan hermosa reclusión habían traído á la humanidad.

Estos emparedados venían á ser piedras de la pared del convento, del palacio y del templo. *Esta es la piedra sobre la cual fué cimentada la Iglesia pontificia.* Para esto vino Cristo del cielo á decir á los papas: «lo que emparedáis en la tierra, emparedado queda en el cielo.» Este era el seno maternal de la Iglesia para los buenos, en tanto que los malvados refán y triunfaban.

En confianza

¿Pero de veras creéis, ¡oh clericales! que yo soy un sectario fanático que escupiría á un crucifijo, clavaría un puñal en una hostia, haría trizas á hachazos una imagen de madera?

Si me dijerais que sí, os juzgaría más embusteros de lo que sois.

¿Creéis tampoco que me pongo furioso cuando me hablan de misterios y milagros? Nada de eso. Si no fuese por las consecuencias que luego deducís, acaso me distrajera. Lo extraño y lo incomprensible me produce siempre ese efecto.

Jamás he comprendido que se hayan de matar los hombres por si debe comulgarse en las dos especies, ó en una: me explicaría que en ciertos días de hambre atrasada arriesgaran la piel por si habían de almorzar ó no; ¿pero por aquéllo? Que no, vamos.

¿Que si el Padre es Dios, el Hijo lo mismo y el Espíritu Santo igual, y que si los tres son uno, y el uno es tres? Por lo pronto, y sabiendo que hay verdades incomprensibles para la débil razón humana, yo no hubiera perdido el tiempo en averiguarlo; pero si me hubieran dado por ahí el pañe, habría respondido al que me interrogase: «No rifanos por eso. ¿Dicen ustedes que tres?

Pues tres. ¿Que uno? Pues uno. Así como así, yo no ando muy bien de aritmética».

Y así en todos los misterios.

Y lo mismo en los milagros.

¿Que si la Virgen se apareció en tal parte? Bueno. Eso prueba que no estaba antes allí.

¿Que si cuando San Antonio predicaba, sacaban los peces la cabeza del agua para oírle? Sabiendo que los tiempos cambian las costumbres ¿voy yo á negar, porque ahora no lo hagan aunque les predique el papa, que entonces no pudieran hacer eso los peces?

Y con este criterio, que suee llamarse el del buen sentido, juzgaría siempre los milagros y los misterios, y todo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia, si la cosa no pasara de ahí.

Pero como veo ¡oh clericales! que basándoos en todo eso habéis cometido siempre, SIEMPRE, lo que se dice SIEMPRE barrabasadas sin cuento; y que predicando amor al prójimo, lo habéis quemado; y desprecio á los bienes terrenales, los habéis acaparado; y humildad, y os ahoga la soberbia; y castidad, y deshonráis hasta la lujuria; y bondad, y la ira os ciega ¿cómo no combatiros incesantemente?

Sin esto, creedme, no me metería con vosotros para nada; tengo cosas más útiles é importantes que hacer, para que fuera á perder el tiempo en contradeciros cuando dijerais que hay Dios, diablo, gloria eterna, fuego eterno, etcétera etc. Aparte de que el ver una criatura humana muriéndose de hambre, me preocupó siempre más que todo eso, allá cada loco con su tema.

Por lo que no paso, es porque queráis dominarlo y apagarlo todo en la tierra, para demostrarnos el grandísimo interés que os tomáis porque ganemos el cielo los que, como á mí, se les importa un comino de todo lo que vosotros aparentáis creer.

No, por esto no paso.

Hojitas inquisitoriales

Tal efecto han producido las dos Actas de Tormentos publicadas, que he recibido varias cartas pidiéndome que las reproduzca en "Hojitas," á fin de que lleguen á todas partes.

Así lo haré, para que, alternando con las tituladas "Abisapas," contrarresten su propaganda jesuítica, embrutecedora y desbalijadora.

Fijen los pedidos aquellos que las deseen, para calcular los millares que han de tirarse.

Se venderá el ciento de "Hojitas," á cincuenta céntimos y el millar á cuatro pesetas.

De cómo un aprendiz de tipógrafo entró en el Socialismo

Prólogo

Hace pocas noches leí en el Ateneo un puñado de cuartillas donde narraba las más importantes vicisitudes del movimiento obrero español — desde aquí doy las gracias á dicha entidad por la cariñosa benevolencia que para mí tuvo. — Como el director de EL MOTÍN me ve sólo de trimestre á trimestre, así andamos de sobrados de tiempo, por carta me pide las cuartillas para publicarlas. Es mi amigo D. José una de las dos ó tres personas á quien no puedo negar nada; pero esta vez sí le niego las cuartillas. La conferencia no tiene puesto en este semanario tan original, tan joven, tan personal.

Recibo la carta precisamente en un momento histórico: cuando entro en el cuadragésimo octavo año de mi vida azarosa, y ello me induce á ofrecer á Nakens y á los simpáticos lectores de EL MOTÍN algo que yo quisiera que resultase cordial, y es la historia de unos años de mi vida; la historia que arranca de la mañana de Abril de 1876 en que entré por vez primera en la imprenta hasta la mañana de Mayo de 1879 en que oí por vez primera hablar de socialismo.

Nadie se alarme; la historia es corta y trataré de que sea amena.

MI infancia

Nací en la Ribera de Curtidores y desde los siete ú ocho meses hasta los once años viví en la calle de la Montara esquina á la Puerta del Sol. A los cinco años me enviaron á la escuela, una escuela de pago, que costaba 30 reales al mes y que radicaba en la calle de Isabel la Católica. En quince días destrocé sobre diecinueve cartillas, pero á los quince días pasé á Catón, es decir, que sabía leer relativamente bien las muestras de las tiendas. Los primeros días me acompañaba mi madre ó mi padre á la escuela; luego un perrazo negro llamado Moro, que me profesaba fraternal cariño.

Sin duda el negocio de construcción, arreglo y limpieza de botas y zapatos á que se dedicaba mi padre, con tienda abierta en un portal, no se daba bien, porque de pronto me encontré trasladado á la Escuela Pía de San Antón, donde permanecí tres años y donde gané premios, unas estampitas impresas en purpurina, salvo en aritmética y en escritura. ¡Quién había de decir que algún día iba á darme por la estadística, y que tendría que ganar los garbanzos escribiendo precisamente!

En estas andanzas ocurrió que los protestantes establecieron colegios en Madrid y que bastantes compañeros de Escuela Pía se trasladaron á ellos, y como allí no pegaban, ó pegaban poco, (en aquellos tiempos ciertos padres esclapios eran unas flores para lo de «la letra con sangre entra») una mañana que presenté una ración de «palmetas» ó de azotes, en vez de enterar mis papeles hacia San Antón, sin más me encaminé á la calle de Leganitos, y con formalidades bien sueltas quedé al

mitido en la escuela herética llevando aquella tarde á un hermano mío.

A los pocos días se enteraron mis padres, aceptando ambos los hechos consumados.

También había alguna competencia entre los colegios protestantes, y por el mismo espeditivo procedimiento otra mañana di con mis huesos en la escuela de la calle de la Madera, donde hoy están las oficinas de *El País*.

Ignoro por qué, el simpático y joven profesor me cedió afecto: en aritmética y en escritura seguía siendo un perfecto animalito!

Y ocurrió que murió mi padre, y mi santa madre, pobre lavandera, hubo de entrar á servir á unos señores franceses que vivían en la Quinta de Goya, donde fuimos los tres hermanos.

Desde allí, y provistos de la comida cada día subíamos á la escuela, y el maestro me llevaba á su casa para pasar en ella las dos ó tres horas que mediaban de clase á clase.

Y llegué á los doce años, dicen que sabiendo mucho de todo, salvo aritmética y escritura, por lo cual había llegado el momento de aprender un oficio. Yo pensé en el de hortelano, pero cuando mi madre apuntó la idea de hacerme cajista de imprenta, «oficio de señoritos en que se ganan buenos jornales», acepté, y una mañana de Abril entré en la imprenta.

Leía bien, sabía de memoria la gramática, en el mapa señalaba ríos, mares, naciones, capitales de reinos, no andaba mal de otras nociones, y me gustaba la lectura, y también y extraordinariamente, el marro, la toña, el peón, la pelota y otros deportes.

(Conviene un paréntesis, tanto para que se conozca el alcance positivo de mi instrucción en aquellos días, cuanto para que se aprecie el valor real de la enseñanza que entonces se usaba—ahora parece que no es mejor.—Al salir de la escuela, en gramática, por ejemplo, yo sabía que el nominativo era el sujeto ó agente del verbo, y si me hubieran dicho que señalara el agente de «los albañiles están en huelga», es seguro que no habría sabido contestar. Del mismo modo si enseñándome un calamar me hubiesen preguntado: «¿qué es esto?» habría contestado: «un pez», fundándome para ello en que el calamar se criaba en el agua, y sin embargo yo sabía que existía un tipo de animales que se llamaba moluscos, y que éstos se dividían en cefalópodos, cefalidios y acéfalos, y que los primeros tenían la cabeza rodeada de tentáculos...)

Por entonces había leído mucho, cuanto cayera en mis manos: Historias de cuerda, que compraba en el callejón de San Alberto, *Las mil y una noches*, el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, las *Germanías de Valencia*, novelas de Pérez Escrich y de Ortega y Frías, obras de Quevedo, discursos de Castelar, novelas de Verne, *Los viajes de Gulliver*, un rimerito de folletines de *La Correspondencia* y *El Conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*. ¡Un verdadero caos!

Y aquí tenemos á un «hombre» de doce años empezando á trabajar, un hombre ya con ideas políticas, religiosas y sociales.

J. J. MORATO

Psicología oratoria

(Conclusión)

INTRODUCCIÓN Á LA CONFERENCIA DADA EN EL TEATRO DE LA BARCELONETA EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1910.

Moral patriótica

CONFERENCIA DADA EN EL TEATRO DEL CASINO REPUBLICANO DE LA BARCELONETA.

Tema: el concordato de España con la Iglesia es el divorcio con la Civilización y causa de la muerte de la Patria.

El dogma

Contra esta ley universal del progreso va el dogma. Al proclamarlo, el Papa, que se dice vicario de Cristo (que no dejó vicario) y desde la silla de San Pedro (que no tenía silla) viene á decir al Universo y á la Humanidad: «¡Alto ahí; ahora, en vez de sujetar el juicio humano al movimiento de las cosas, las cosas se moverán según mi juicio y según mi orden. A degüello todos los hombres anteriores á Adán y los coetáneos que no fuesen de su linaje: dejan de ser hombres! Alto, Tierra: en vez de moverte tú alrededor del sol, será el sol el que te bailará á ti el agua. Alto ahí, mar: no rebasarás los límites que tuviste á raíz del Diluvio, ni habrá más animales que los que quepan en el arca de Noé. Alto, Humanidad: te queda prohibido el pensar, que es el dudar y el discurrir; yo pensaré por ti; á ti te bastará creer... Y si dudas de lo que te digo, te prenderé como criminal, te quemaré vivo en la hoguera, y además te legará al Padre Eterno que te envíe á Satanás. Y creerás todo eso que te digo; y que la viruela no viene del contagio, sino de Dios; que los microbios del cólera son unos angelitos celestiales que Dios fabrica especialmente para tu santificación; que no debes pensar en el mal físico, sino en el mal espiritual; no en la tierra, sino en el infierno; no en esta vida, sino en Babia y en Jauja y en la Insula Barataria; no penséis en los azotes que llevaréis, sino en la insula que os espera...; no pensad más... no aprended más; no observad más; alto la ciencia, alto el progreso, alto la civilización: yo me declaro incompatible con ellos y les juro guerra á muerte; ó ellos ó yo... Así lo juro y firmo en las proposiciones del *Syllabus*.

E pur si muve

Pero siguió el Universo su movimiento y siguió bailando el «garrotín» la tierra con aplauso del sol, y el mar continuó con sus humoradas de tragar islas y continentes, y ahí aparecen fósiles y muchas especies que han dejado de existir, y existen otras que no conoció Noé, y la Humanidad, viendo que el Universo se hacía herético, decidió pensar contra la prohibición del Papa, y lo primero que pensó fué en la trastienda que el Padre Santo pudiese tener detrás del papel de sus Bulas y Encíclicas, corrió un poco el velo de la Historia y vió...

La trastienda eclesiástica

Pues vió los grandes milagros eclesiásticos hechos por la omnipotencia de

la tontería popular, á saber: Vió que dieciocho siglos atrás entraron en Europa cuatro judíos desarrapados, sin alforja y sin camisa, que, cansados de pescar truchas en el mar venían á buscar atunes en la tierra; y que, con el anzuelo de la pobreza de espíritu y con promesas de cielos que nadie ha visto, fueron pescando, pescando y revolviendo el río social, y en el siglo XVIII, se habían hecho ya dueños de las cuatro quintas partes de la propiedad territorial.

Vió que entraron humildicos como corderos que ni aun á balar se atrevían, que respondían á las befetadas presentando el otro carrillo y huyendo de las pompas mundanas (títulos, cargos y prebendas) como del diablo; poco á poco fueron cambiando sus mañas y en el siglo XII soltaron la piel de cordero para desbocarse el tigre que encerraba, el tigre inquisitorial que no ha podido hartarse con los millones de víctimas devoradas y aún está pidiendo carne y sangre y tormento.

Pax vobis

Y al ver esto el mundo pensó... y pensó que si le conviene al ladrón que el despojado esté quieto y sea humilde y pacífico, para llevar á colmo con toda paz el despojo, al pueblo víctima le conviene sacudir la perezosa paz y la humildad homicida, y emprenderla con el ladrón y asesino... como la emprendió Enrique VIII, como la emprendieron los Príncipes alemanes, y luego Napoleón, y luego Garibaldi, y luego Combes, y luego Portugal.

Y á pesar de la Iglesia ha continuado el movimiento humano, sirviendo la experimentación para el progreso moral que ha descubierto y fallado la inmoralidad eclesiástica; el progreso científico que ha puesto en evidencia los errores y absurdos atribuidos á un Revelador infalible; el progreso político que está purificando las leyes de las iniquidades sistemáticas; ha progresado el comercio y la industria que han perforado las fronteras y están unificando idiomas y costumbres, y que hacen imposible el aislamiento de las naciones.

Este progreso ha triunfado en todas partes, y al excomulgario Pío IX en 1860, cuando Europa y América eran en gran parte católicas, firmó la propia excomunión de la Iglesia para 1910, en que acaba de ser excomulgada de Portugal.

Los concordatos

El contubernio, maridaje y consorcio con los Estados, llamado concordato en la gerijonza leguleya, ha sido roto por todas las naciones; sólo subsiste en España, á la cual la Iglesia se agarra como vieja ramera repudiada de todos sus amantes, expulsada de la sociedad de que la lanzaron sus infidelidades y crímenes.

Concordia y Discordia

Y ved ahora los términos en que se presenta el problema para España; su concordato con la Iglesia la pone en discordancia con la civilización; su consorcio con el Vaticano la mantiene en divorcio con Europa; el abrazo con la Santa Sede le atrae la maldición del mundo culto.

No faltan políticos ignoros que tienen

por cosa baladí esta excomunión universal; no ven que ésta es ahora y no la del Papa la que trae envuelta la maldición del cielo y hace caer, morir y pudrirse á aquel sobre quien recae.

Es el cumplimiento de aquellas leyes universales de que antes hemos hablado. La ley del progreso es ley fatal universal, siendo inútil querer hacerlas definitivas. Cuando España estuviese cerrada á todo aire de fuera, el mismo pueblo por virtud del impulso evolutivo habría de reaccionar tarde ó temprano del letargo en que intenta sumergirle la Iglesia. Por lo pronto ha penetrado ya ese aire y ha evolucionado ya su espíritu en una gran parte del pueblo, á quien se le hace insoportable la vida católica y que se ha divorciado de la Fe y Moral eclesíásticas, aquí escarnecidas y allá agonizantes, sin que puedan reavivarles las inyecciones de sueños que están ingiriendo á las masas los banqueros y gobernantes. Esta discordia del pueblo español, uno tendiendo á la europización y otro á la romanización, está causando la debilidad nacional, las guerras civiles, la zozobra continua y este sistema de gobierno de trampolín, cuyo menor mal es la desmoralización de todos los ramos administrativos y la falta de resistencia á la presión ambiente, de modo que estamos á merced de cualquier nación, y aun el sentimiento patriótico vive vida tan delicada que, cuando la guerra de los Estados Unidos, vimos á los patrióticos conservadores solicitar la rendición de Barcelona antes de exponerse al bombardeo yanquí.

Divorcio de España

Nuestro divorcio con Europa es tan grande como nuestro consorcio con Roma. En lo político legal, vemos en España privilegiadas las castas é instituciones arrojadas de la vida legal de los Estados, como sediciosas y antipatrióticas. Ahí están las órdenes religiosas. Y viceversa: en España están fuera de la vida legal los espíritus que en otras partes son admirados. Ejemplo: Ferrer, á quien sus virtudes de pedagogo no merecieron la atenuante necesaria para el indulto de una sentencia que, cuando hubiese sido justa en detalle no lo habría sido en el conjunto, y mucho menos la ejecución; pues si la sentencia se constreñía á un hecho incidental de la vida del acusado, la ejecución comprendía todos los conceptos de la vida del ciudadano. Ejemplo, yo, que soy expulsado del derecho de ciudadanía y del derecho natural por los códigos y leyes convenidas entre España y el Vaticano; y yo desafío á cuantos figuran en las nóminas del Estado á que acrediten llevarme ventaja en la moral cívica y en la dignidad personal.

En lo político-moral no hay que hablar; somos famosos en todo el mundo. Los extranjeros nos señalan «como mendigos ó ladrones», como eunucos de toda virilidad mental.

En lo científico, somos el país más retrasado de la Europa latina; en enseñanza, en literatura y en educación; y en lo económico, el pauperismo toma vuelos enormes. Se dice de los españoles que comen mal, se lavan peor y se instruyen pésimamente.

Osmosis de muerte

A medida que la falta de aire y de nutrición sana produce la debilidad interior y la disgregación de moléculas, imposibilitando la vida orgánica; en esa membrana de las fronteras que envuelve la gran célula nacional se verifican dos fenómenos notabilísimos, correspondientes á las leyes elementales de la biología.

A saber: la presión exterior de la civilización penetra, á pesar de todo, por conductos patológicos en nuestro organismo, siendo hora de que nos preguntemos ¿existe España? ¿No nos estará ocurriendo lo que al Bachiller de Salamanca, que al subir al catafalco y al asomarse sobre el ataúd en busca del muerto se encontró con su propio cadáver?

Porque ¡ay! ¿qué resta de España, de su nacionalidad é independencia? En lo religioso, somos colonia pontificia; en la moda, somos colonia de París y de Londres; en lo industrial, somos colonia de las grandes empresas extranjeras; en lo político, nuestros gobiernos buscan las leyes en los trastos viejos de las naciones, haciendo de nuestra legislación un museo de leyes fósiles. El Real Palacio ha de buscar en Francia el médico del rey y en Inglaterra las comadronas; la Iglesia oficial necesita pedir al Papa un Nuncio que nos enseñe el Catecismo; la Defensa Social pide á Inglaterra «detectives». El Papa, con sus hilos religiosos, saca de casa y hace andar por templos y calles nuestros gigantes, cabezudos y máscaras carnavalescas: diecisiete millones de títeres hincan la rodilla, se levantan, se santiguan, comen y rezan al tirón de los hilos italianos. Ejércitos de obreros españoles están hechos los títeres de los capitalistas extranjeros. Pueblo de títeres, que necesita pedir al extranjero el Dios de su religión, el valor de sus sacramentos, los buques de sus escuadras, las municiones de su ejército, los maestros de sus políticos, los sombreros de sus «cocottes» y los pitos de sus chiquillos. ¡Lástima que no nos decidamos á traer del extranjero los ministros, los diputados, los magistrados, los gobernadores... y, por fin, el pueblo!.. Quizás sería este el medio de acabar con el feudalismo de los otros ramos de la vida nacional. ¡Pobre España! El extranjero le penetra por ley de presión irresistible por conductos que no son los naturales de absorción fisiológica y nutritiva.

El perro vuelve á su vómito...

¿Qué es lo que ella absorbe y elimina en esta su fiebre general? ¡Pobre España! En su delirio insano hásele estragado el paladar y sorbe las heces excrementicias de los otros pueblos; los frailes... y mientras esto absorbe con afán de agónico, sus vasos se han relajado y desembocan por todos los orificios y heridas de su cuerpo ríos de sangre... la sangre rica y plasmática que la debilita por momentos... La emigración del pueblo, de la sangre prolífica del sudor fecundante de la tierra y de la vida nacional... Contra estas hemorragias y flujos sanguíneos, inútiles son los apósitos artificiales y los vendajes de leyes represivas; la corriente es tan fuerte que la sangre se filtra por todos lados, y si forman coágulos alrededor de los

puertos los detenidos, ni éstos ni los otros sirven ya para la salud.

¿Qué ha de ocurrirle á este cuerpo que vomita y derrama la sangre y la linfa, productivas y prolíficas del pueblo trabajador, y que se nutre de excrementos parasitarios?...

Patria y patrimonio

He aquí la reflexión que debe hacerse el pueblo español: vosotros y yo. El pueblo, legítimo propietario del territorio que ha fecundado con su sudor y que ha regado con su sangre, ese pueblo no debe consentir ser suplantado en el dominio y ceder con la emigración la cuna patria á las huestes papales. Es preciso gritar y gritar fuerte: «¡Queremos la salvación de España! Hemos de defender á España, lanzando de su seno ese gran enemigo, el Papa, luchando contra el Papa y forzando á luchar contra él á los gobiernos y obligando á luchar á los partidos contra todo traidor á la Patria, que es patrimonio de todos y no de unos cuantos traidores.

Desenrósquese de una vez la sierpe que ata el cuerpo nacional, porque este consorcio es el consorcio del cáncer con el cuerpo, el concordato del víctima con el ladrón, el abrazo del Judas al Cristo explotado.

Y si esto no mata á aquello, aquello matará á esto, si es que ya el arpón clavado en el pecho nacional no es de muerte. Ha dicho.

S. PEY ORDEIX

Robos en las iglesias

Las alhajas van desapareciendo de los templos, sin que casi nunca se les eche el guante á los ladrones. No parece sino que la Providencia los protege á pesar de que, de cien casos en noventa y cinco, las hostias aparecen en el suelo.

No puedo sustraerme al maldito pensamiento de que son domésticos los ladrones, pues no concibo que los extranjeros, que lo que desean es despachar pronto, se entretengan en abrir los copones y tirar su contenido, perdiendo de esta manera un tiempo precioso para escapar. ¡Si las hostias pesaran mucho!... Pero no siendo así, parece que lo natural sería coger el copón y salir corriendo.

Desparramar las hostias por el suelo (con lo cual agravarían la pena si los cogiesen), más bien parece indicar que se quiere producir un efecto teatral, á fin de predisponer á los fieles á rascarse el bolsillo para reponer los efectos desaparecidos, que no deseos de cometer un sacrilegio improductivo.

Y como los ladrones nada ganan con esto, porque casi siempre las alhajas robadas son de oro ó de plata y de gran valor artístico, mientras que las repuestas son de metal blanco, lo cual les quita hasta la esperanza de repetir la suerte, de ahí que yo me abisme en un mar de confusiones y recuerde sin querer los casos en que se ha descubierto que el ladrón era de la casa.

Y para muestra basta un botón...

La política de capa y espada

Con este título publicó Eugenio Sellés en *El Globo*, allá por 1876, unos artículos notabilísimos por su erudición, su sana crítica y lo puro de su lengua, que recopiló después en un libro que circuló muy poco.

Sellés no fué nunca anticatólico; aun en aquellos tiempos en que tuvo sus veleidades republicanas, se mantuvo fiel á la Iglesia. No puede, por lo tanto, ser recusado por los clericales, con quien hoy convive en la Academia de la Lengua y reza al comenzar las sesiones.

En aquellos artículos (estudios, mejor dicho), hay uno dedicado al clero, que comienzo á publicar en este número, aun no estando conforme con algunas de sus apreciaciones. En ellos verán mis lectores lo que fué el clero en los tiempos que se nos quieren presentar como modelo.

Comienza así el autor:

«Mi reino no es de este mundo», había dicho Jesús á sus discípulos, y fieles á la doctrina evangélica, á ella arreglaron su vida los primeros ministros de la Iglesia.

Vivo en ellos el espíritu cristiano; fresco aun en la memoria el sublime martirio del fundador; despegados, como él, de las glorias perecederas; sin otros bienes sino el bien que hacían, ni otro poder sino el de las virtudes que enseñaban con la predicación, y más con el ejemplo; desnudo el cuerpo de toda pompa, limpio el corazón de todo rencor y limpia la conciencia de toda mancha; tendiendo la mano á los perseguidos y el perdón á los perseguidores porque todos eran hermanos; fija en el cielo la mirada, que apenas descendía á posarse desdenosamente sobre el lodo terrenal, los primitivos cristianos cruzaban por la sociedad, como el águila cruza por oscuro valle, buscando la cumbre donde tiene su nido y patria.

Y, sin embargo, aquellos días pobres, humildes, fueron los días puros, los días heroicos del cristianismo. No fué la edad de los obispos coronados y los sacerdotes poderosos; fué, sí, la edad de los mártires.

Pero parece ley inmutable que toda escuela política, ó religiosa, ó moral, cambie de ser al pasar desde la propaganda al gobierno de las sociedades, como cambian de forma ciertos cuerpos al pasar á distinta temperatura. Y así también las creencias, la fe, las virtudes predicadas abajo suelen evaporarse al llegar á las alturas.

El sacerdote cristiano, azotado por las iras paganas, perseguido por Dioclecianos y Nerones, sabe sacrificarse y morir por la fraternidad de los hombres en el mundo, por la igualdad de las clases ante Dios, por la inviolable libertad de la conciencia ante las leyes que se le negaban. Constantino le abre las puertas del imperio, y ya no sabe contentarse con sus conquistas; sale de la esclavitud y pide la dominación, obtiene existencia legal en el Estado y

pretende absorber al Estado, y quiere un instrumento en cada gobierno, un siervo en cada hermano, un paria en cada clase, una losa sobre cada conciencia.

Recaredo le entrega la monarquía, y nuestra Iglesia, corrompida en el poder, de creyente truecase en fanática, hace de la mansedumbre tiranía, ensangrienta el báculo pastoral y con él atiza las hogueras de la Inquisición, y, contradiciendo la palabra de Cristo, sustituyendo al cristianismo auténtico el cristianismo falsificado, ni transige con los poderes, ni da descanso, ni quiere tregua hasta haber extendido sus negras hopalandas como una inmensa sombra sobre los dos mundos españoles. Y el ministro de la religión conviértese en ministro de la política.

Todos le conocemos, mirad. Apenas desceñida la blanca vestidura que en el templo disfrazaba sus flaquezas de hombre, deslízase con mundano traje por oscuras enrucijadas; agárdale el conciliábulo donde la piedad maquina contra la paz. Mezolada con la idea del imperio que ejerce sobre las conciencias, arde en su cabeza la idea del imperio hierocrático sobre las sociedades.

Señor del alma, pretende el señorío del cuerpo, el cetro de lo eterno y de lo temporal, las llaves del cielo y de la tierra. Pide oro á la caridad engañada, lenguas á la mogigatería, á la ignorancia brazos. En el confesionario, tribunal de perdón, busca mensajeros de la discordia; desde el púlpito, cátedra de paz y amor, predica la cólera y solivianta las pasiones; insinuante consejero en el hogar, atrae por la superstición á la mujer; cacique en la aldea y jefe de banderías, maneja por el temor al crédulo campesino; guerrillero audaz en la montaña, las manos que consagran la hostia, imagen del Dios de la mansedumbre, esgrimen el acero y bendicen el plomo mortífero, santificando el bárbaro oficio de la matanza.

Tal es el clero político; y aunque haya excepciones, más honrosas cuanto más raras, el tipo no puede ser negado por nadie, y menos por la generación presente.

Pero—dicen algunos—la Iglesia ha entrado modernamente en las lizas de la política con el derecho natural de la propia defensa, en vindicación de agravios recibidos y de intereses atacados.

No corresponde al objeto de estos trabajos tomar voz en controversias de actualidad. Si las instituciones modernas perjudican, si el derecho nuevo agravia á los intereses del catolicismo tradicional, si entre éste y la libertad hay ó no antagonismos inconciliables, son cuestiones ya resueltas y definitivamente juzgadas.

EUGENIO SELLÉS

(Continuara.)

COSAS QUE HE DICHO

Ha sido guillotinado en Laval el cura Bruneau, autor de varios robos y asesinatos. El público aplaudió frenéticamente al separar la cuchilla su cabeza del cuerpo.

Esto último me parece sencillamente una salvajada propia del Rif. Cuando un hombre es sentenciado á muerte, su personalidad civil desaparece y sólo queda un gran desventurado.

Ese pueblo, que se horroriza cada vez que le hablan de las corridas de toros, obra á lo mejor de una manera que hace recordar con simpatía á los prusianos.—1894.

Entre profesores, novicios y legos, hay unos 1.000 frailes en Navarra; monjas hay 1.225.

Si un día los carlistas disparan en aquella provincia un tiro, habrá que prenderlos á ellos (¡no ser que dieren pretexto para adoptar medidas más enérgicas) y desahuciar de los conventos á ellas, á fin de que no los conviertan en parques, almacenes y talleres de vestuario como en las guerras civiles pasadas.

Esto suponiendo que antes no haya venido lo que yo le pido constantemente á Dios en mis cortas oraciones; pues en tal caso no habría necesidad de hacer nada de eso.—1904.

Después de recibir el bautismo, ha sido puesto en libertad un belga que sufría condena en el correccional de Oviedo.

—¡Qué lástima—dirán sus compañeros de presidio—que por haber nacido en España nos bautizaran de pequeños! De no ser así, un chapuzón, y á la calle.—1894.

Dicen de Ronda que toma gran incremento la industria de los adornos de corcho.

Pues ya pueden echarse á temblar por su pellejo una porción de personajes políticos.

¡Ah! Y todos los redactores de los periódicos neos.—1889.

Tanto menudean en Valencia los robos, que hay casa en que han penetrado ladrones dos veces consecutivas.

Con tal motivo, el inquilino de una ha colocado á la puerta el siguiente letrero:

Aviso á los señores ladrones:

«Aquí ya se ha robado una vez.»

Espero á ver si el aviso es eficaz y logra conmover el sensible corazón de los señores ladrones, para que pueda el gobierno aplicarlo á moralizar la administración, poniéndolo en la puerta de todas las oficinas.—1888.

Un periódico da la noticia de haber estado en palacio una *troupe* de liliputienses.

Pues el caso no ofrece novedad.

¿No van á Palacio los ministros?—1889.

Dos lances pendientes entre personajes políticos han terminado por dos actas.

Dentro de poco será un negocio expender actas impresas, con el sitio en blanco para los nombres.—1889.

EL MOTIN



EMPAREDAMIENTO DE UNA MONJA

Ayuntamiento de Madrid

Hechos de la Iglesia

Actas de los Tormentos

dados á Francisco de Villafranca, vecino de Escalona, calderero de oficio, de treinta y cuatro años y padre de cuatro hijos, por no comer tocino y no beber vino todos los días de precepto.

A presencia y por orden de los

Ilmos. y Rvdmos. Prelados Vagner, Ortiz y Rodríguez, y del Rdo. P. Dominico Fr. Reginaldo de San Millán en la Inquisición de Toledo á 21 de Julio de 1537 (1).

AD PERPETUAM REI MEMORIAM

En Toledo á veintitún días de Julio de mil quinientos treinta y siete, estando en la Audiencia del Santo Oficio los señores inquisidores, muy reverendos Vagner (2) y Juro y con ellos el doctor Ortiz, vicario general y ordinario, y el doctor Diego Rodríguez y Fr. Reginaldo de San Millán, de la Orden de Santo Domingo, vieron y votaron este proceso en la forma siguiente:

Voto de los dichos señores, y en concordia dijeron que son voto y parecer que el dicho Francisco de Villafranca, sea puesto á cuestión de tormento conforme á los indicios que hay contra él, y que después se vea lo que dijere en el dicho tormento.—Pasó ante mí, Juan Obregón, notario.

SENTENCIA

Fallamos que por los indicios que resultan contra el dicho Francisco de Villafranca, que le debemos condenar y condenamos que sea puesto á cuestión de tormento, en el cual estuviere hasta que diga la verdad ó purgue los indicios que hay contra él, con protesta que le hacemos que si muriere en el dicho tormento, ó en éste hubiere mutilación de miembro ó efusión de sangre, sea á su culpa y no á la nuestra, y así lo pronunciamos y mandamos por esta nuestra sentencia, etc.—Doctor Vagner, rubricado.—Dr. B as Ortiz, rubricado.

Primer Tormento

Tormento.—A luego fué mandado llevar al dicho Francisco de Villafranca á la Cámara del Tormento, y luego fué llevado por el alcaide Cabello, y así

(1) Copia del proceso original, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, sección Inquisición de Toledo, Procesos, Legajo 198, núm. 207, sin foliar.—1536-1538. El lector observará la redacción deficiente y arbitraria de este tormento, y otros de esta época y anterior. Para impedir las omisiones é interpretaciones arbitrarias, el Consejo de la Suprema, que luego revivía estos documentos, mandó que los notarios escribiesen con la mayor exactitud posible las palabras del torturado, orden que no llegó á cumplirse debidamente.

(2) Es Pedro Vagner, que en otros documentos se lee Vaguer, y que parece deberse leer Vañez. Fué inquisidor de Toledo y más tarde obispo de Alger é inquisidor de Cerdeña, protector de San Ignacio y de la Compañía.

llevado, los dichos inquisidores bajaron á la dicha Cámara del Tormento juntamente con mí el notario y Cristóbal Pedro Núñez, portero del Santo Oficio, y por ello fué dicho y amonestado á dicho Francisco de Villafranca que diga y confiese la verdad de lo que acusado estaba; y preguntado á luego, visto que no quiere confesar, como le mandaron descalzar y desnudar, el cual fué desnudado hasta quedar en la camisa y desnudado de camisa, pie y pierna.

Y estando así desnudo y descalzo fué tornado amonestar que diga y confiese la verdad de todo lo que ha sido preguntado. El dicho Francisco Villafranca dijo que ya ha dicho á sus mercedes todo lo que sabía.

A luego mandaron al dicho Cristóbal Pedro Núñez que le ate los brazos por las muñecas con el cordel de cáñamo, los cuales le fueron atados, y estándole atando dijo muchas veces: «¡Oh, Señor Dios, á Vos me encomiendo yo! ¡Señores, por amor de Dios nuestro Señor!», lo cual dijo muchas veces, y le fué dicho que diga la verdad de lo que ha sido preguntado. Dijo que si lo supiese que lo diría.

A luego mandaron poner en la escalera al dicho Francisco de Villafranca, el cual fué puesto en la dicha escalera tendido á la larga y fué amonestado que diga la verdad. «¡Ah, misericordia, Dios mío! ¡Oh, ventura buena me dé Dios!».

Asimismo le mandaron atar con unos cordeles de cáñamo por los brazos y asimismo atado, dijo: «¡Ay, ay, señor Vagner! ¡Ay, señor Vagner!».

A luego fué mandado atar por las piernas y fué atado, y dijo muchas veces: «¡Ay, señor Vagner! ¡Ay, señor Vagner!».

Luego fué mandado apretar los cordeles una vuelta, y amonestado que diga la verdad de lo que ha sido preguntado, no dijo palabra ninguna é hizo demostración como que se ha muerto y visto lo susodicho, asimismo le mandaron desatar y quitar de la escalera, aplicándole varios remedios... y así fué quitado del dicho tormento.—Yo, Obregón, notario, presente fué.

Votos para el segundo Tormento

En 14 de Noviembre de 1537 años, en la Audiencia de la Santa Inquisición de Toledo, estando presentes los muy reverendos señores el doctor Pedro Vagner, inquisidor apostólico, y el doctor Blas Ortiz, vicario y canónigo de Toledo, juez ordinario en la dicha ciudad de Toledo y su arzobispado, y con ellos los muy reverendos señores el canónigo D.º Rdz. Licenciado Francisco Gírez y el maestro fray Diego de Alcántara y fray Reginaldo de San Millán, de la Orden de Santo Domingo.—Vieron el presente proceso, y voto, y digeron que le sea repetido el tormento al dicho Francisco de Villafranca por esto; darle el agua á arbitrio de los señores inquisidores, y que esto sea para cumplimiento del tormento que estaba votado, y que se le diese, y si

sufriese el tormento sea absuelto ab instancia judicial, y si no lo pudiese sufrir sea penado ab arbitrium inquisitoris, á lo cual fué presente yo, Alonso de León, Notario.

Segundo voto.—Fallamos al dicho Francisco de Villafranca, pues no ha querido decir verdad antes de repetir el tormento, ni ante las amonestaciones que le han sido hechas, ni en el tormento que se le comenzó á dar, y ahora se le debe continuar hasta que él la diga ó purgue los indicios y sospechas que contra él hay; así mismo lo mandamos por esta nuestra sentencia, con advertencia que le hacemos que si en el dicho tormento muriere ó se le mutilase miembro ó hubiera efusión de sangre, que sea á su culpa y no á la nuestra.—Salinas, Lic., Notario, presente fué.

Acto seguido fue notificada la sentencia al reo; y no habiendo añadido cosa á lo antes declarado, se le dió por consentido á la continuación del tormento.

Segundo Tormento

Tormento.—E luego fué mandado llevar á la Cámara del Tormento el dicho Francisco de Villafranca, y luego fué llevado por el alguacil Bartolomé Cabello, y así llevado, los dichos señores bajaron á la Cámara juntamente con mí el notario y infrascrito Cristóbal Nave, portero, é por ellos fué dicho y amonestado el dicho Francisco de Villafranca que diga la verdad de lo que está preguntado.

E luego visto que no quiere confesar, le mandaron desnudar y descalzar, el cual fué desnudado, y en camisa, y descalzo sin zapatos ni calzas y desnuda la camisa hasta la mitad del cuerpo. Y así desnudo y descalzo fué tornado á amonestar que diga y que declare la verdad.

Fuélle mandado atar los brazos y amonestado que diga la verdad, y así apretado el dicho Francisco de Villafranca comenzó á dar gritos y quejarse diciendo «¡valimento, Señor Dios!»; no dijo nada más de quejarse.

Fuélle acabado de atar los brazos con quince vueltas.

Fué tornado á amonestar por Dios y por su Santa Madre que diga la verdad de como no comía tocino ni bebía vino y otras ceremonias de moros, y no dijo nada.

Fuélle mandado poner en la escalera y atar los brazos á los cordeles, y tornado á amonestar y protestar que si se muriere que sea á su culpa y no á la de los dichos señores, porque hacen como jueces.

Fué mandado proceder al tormento y atarle la pierna derecha con los dichos cordeles, del grueso como un poco menos que el dedo de la mano.

Fuélle atado el cordel de la pierna izquierda.

Fuélle mandado apretar el cordel del brazo derecho y comenzó á quejarse y amonestado que diga la verdad.

Fuélle mandado apretar el cordel del brazo izquierdo, y amonestado que por

amor de Dios diga la verdad, comenzó á quejarse, diciendo: ¡Alma mía!

Segundo tormento.—Fuéle mandado apretar el cordel de la pierna derecha y tornado amonestar.

Fuéle mandado apretar la pierna izquierda, dijo que por amor de Dios le dejen estar así mismo, que allí se morirá, y no dijo nada al apretarle las dos piernas.

Agua.—Fuéle mandado dar el agua y apretáronle la cabeza á un cordel por medio de la frente y atadle á la escalera.

Fuéle puesta la toca sobre el rostro y fué amonestado que diga la verdad y no dijo nada.

Fuéle mandado echar un jarro de agua que cabe tres cuartillos poco más ó menos y dijo: «señor Grdo., écheme por la garganta».

Fuéle mandado echar otro jarro de agua y mandado amonestar; fuéle acabado de dar segundo jarro de agua.

Fuéle mandado dar otro jarro de agua y tornado amonestar, dijo que le quitasen la toca, que dirá verdad; fuéle preguntado y no dijo nada.

Fuéle mandado dar otro jarro de agua, y amonestándole diga verdad.

Fuéle mandado dar el quinto jarro de agua y tornado amonestar.

Fuéle mandado apretar el brazo izquierdo y tornado amonestar que diga la verdad; ni la dijo ni cosa ninguna: Dijo que le suelte del tormento, que por nuestro Señor Dios que dirá verdad, y tornó á decirlo otra vez y otras veces que le quiten del tormento, y que por nuestro Señor Dios que él dirá la verdad; y fué quitado del dicho tormento y tornó á decir que por nuestro Señor Dios que él dirá la verdad; tornó á decir, diciéndole el señor Inquisidor que si coma tocino y beba vino, y dijo que él dirá la verdad, y esto dijo muchas veces.

Dijo el dicho Francisco de Villafranca que no come tocino. Y preguntado si bebe vino, dijo que ordinariamente no bebe vino, porque cuando come no lo usaba y otra vez lo bebía.

Preguntado si enseñaba á otras personas cuándo se ayunaba el ayuno del Ramadan, y que él le ayunaba, dijo que no.

Preguntado que por qué dejaba de comer tocino y beber vino, dijo que él no lo dejaba de comer ni beber por cosa ninguna.

Fué preguntado si ayunaba el dicho ayuno del Ramadan ó le enseñaba á otro, y si hacía otras ceremonias de moro; á todo respondió que mal le haga Dios si nunca tal hizo. Y oyendo que si sabe de otras personas que hayan hecho algunas ceremonias de moro, dijo que mal le haga Dios si nada sabe.

Fuéle mandado dijese bien la verdad y respondió que ya la ha dicho. Pasó ante mí, Lio. Salinas, notario, rubricado.

Y yo, Alonso de León, notario, digo que por ante mí cometió sus veces el señor vicario el licenciado de la Gasca al señor doctor Blas Ortiz, canónigo de Toledo, para que en su lugar asista á la vista destes procesos, porque él está enfermo.

Nota final

Lo notable de este y parecidos casos es que, estando prohibido aplicar más

de una vez el tormento, para poderlo repetir se suspendía al temor que el reo muriese, y luego se repetía con la ficción de que era *continuación del suspendido*. Algunos críticos dan á entender que esta farsa cruel se ejecutaba contra la intención del Consejo Supremo, lo cual es falso, pues que los procesos, antes de cerrarse, eran enviados al Consejo Supremo, que modificaba ó confirmaba las sentencias ó suspendía los autos sin explicación.

CIVILIZADORES

P. J. Proudhon

El 15 de Enero de 1809 nació este hombre que fué uno de los más bellos ejemplos de lo que puede la voluntad. Pastor de vacas, criado en la cervecería donde servían sus padres, tonelero, á los diecinueve años trabajando de tipógrafo sostenía á sus cinco hermanitos, y solo, como podía, negándose los asuetos, regateando horas al descanso y al sueño, estudiaba lenguas vivas y muertas, filosofía, economía, hasta teología y hebreo. Así, por su poderoso entendimiento, por ser un trabajador que no conocía la fatiga, llegó á las más altas cimas del saber.

Y cuando llegó empuñó la piqueta, dogmas, instituciones, leyes, creencias, «verdades» consagradas por los siglos y aún por la ciencia oficial, cayeron destrozadas para siempre.

No peleó contra fantasmas, ni empleó su feroz ironía contra embelecos baladíes. Cuando dice «la propiedad es el robo», hiere en el corazón al régimen social; cuando afirma: «Dios es el mal» destruye la esencia misma de todas las religiones. Los bien hallados con la vida, los que viven de prometer otra existencia mejor á los dolientes, se revuelven contra estas dos verdades de finitivas, más la dialéctica implacable del demoledor deja en pie como un monumento histórico las dos verdades fundamentales.

Y este demoledor implacable, éste adversario irreductible de todo lo consagrado y tradicional, era un hombre sencillo, afectuoso, sensible, bueno, lleno de espíritu de sacrificio y abnegación.

Desde muy niño hasta 1840 vivió del trabajo de sus manos; después y hasta su muerte, de la pluma, sin conocer jamás ni el bienestar, ni la abundancia ni el descanso.

Sus obras son colosales; con todo hubo de escribirlas apremiado de la necesidad, que es el peor estímulo para el trabajo meditado y definitivo.

No conoció los bienes de la tranquilidad; sí la cárcel y el destierro, que soportó con ejemplar estoicismo.

No viejo, á los cincuenta y seis años murió agotado, exprimido por la necesidad apremiante de producir para vivir.

No sólo por lo que quebrantó al régimen de mentira y de dolor en que vivimos, sino también por bueno, merece Proudhon que se le recuerde.

LAZARILLO

Fuera preocupaciones

A mi juicio tal vez la razón más poderosa de que el catolicismo no se hunda ni lleve trazas de hundirse en mucho tiempo, se halla en la veneración que, en la casi totalidad del mundo civilizado, inspira la figura de Jesús.

Demócratas, republicanos, socialistas y radicales de todos los matices, rechazan el catolicismo y combaten su Iglesia, pero se inclinan reverentemente ante las doctrinas y la persona de Jesús. No sólo no ponen en duda la existencia real de éste y la autenticidad de las predicaciones que se le atribuyen, sino que para atacar á los católicos, se declaran prosélitos ardientes de Jesucristo, y agrupándose devotos á su alrededor, presentan sus obras y palabras como normas inmutables de dirección y de conducta del género humano, parangonándolas con la vida y las obras de la Iglesia romana á fin de que, visto el tremendo contraste que entre ellas existe, surja pujante el descrédito de los modernos fariseos: los católicos. Y tan avasallador viene siendo el influjo de esa corriente, que muchos que se dicen librepensadores y racionalistas, no tienen inconveniente en apellidarse al mismo tiempo cristianos, como contraposición á católicos, por entender que ambas cosas no sólo son distintas, diametralmente opuestas.

Pero aún siendo esto exacto, no hay que olvidar que la Iglesia enseña que Cristo es Dios, y tan esencialmente unidas han ido y van por el mundo esas dos personalidades, gracias á la enorme influencia que con su propaganda y acción ejerce en todo el orbe la Iglesia católica, que no se conciben, en la opinión general de las gentes, la una sin la otra. Para las muchedumbres, Jesús es un personaje divino, es un enviado de Dios á la tierra para redimirnos, es el hijo de Dios, es Dios mismo, es en fin, parte integrante y casi única del culto y de los misterios de la religión católica.

Y como no se hallan suficientemente difundidas las doctrinas que establecen la debida separación entre Jesús y Dios; las enseñanzas según las cuales Jesús, de haber existido, no ha sido nunca ni jamás ha soñado en ser Dios, resulta que el respeto, el acatamiento, la verdadera veneración que la inmensa mayoría de los radicales, demócratas y librepensadores rinden á Jesús, siquiera como moralista y filósofo, mantienen y robustecen en forma indirecta, pero constante y eficazísima, la doctrina de la Iglesia romana, ya que aquel acatamiento, aquel respeto y aquella veneración suenan y se hacen sonar en el campo católico como un último reconocimiento de la divinidad de Jesús, como una postrer imposibilidad, entre nosotros, de combatir ese dogma y desecharle por completo.

Otra cosa sería si basándonos en los dictados de nuestra razón, no concediésemos á la personalidad de Jesús más importancia que la que, examinando serenamente la Historia, cabe concederle.

En efecto: en el orden histórico ¿qué se sabe de cierto respecto á Jesús? Nada absolutamente. Su historia se encuentra relatada en los cuatro Evangelios.

lios y sabido es que éstos no sólo difieren en sus relatos, sino que muchas veces se contradicen, y refiriéndose á hechos capitalísimos de la vida de Jesús, un evangelista los cuenta en una forma, otro los relata en forma diversa y los otros nada dicen. Y eso ocurre con los cuatro Evangelios declarados verdaderos y auténticos por la Iglesia después de desechados 48 por falsos, pues sabido es también que los Evangelios primitivos fueron 52.

Para patentizar mejor el crédito que semejantes narraciones pueden merecernos, pongamos un ejemplo. Supongamos que para conocer la obra de Colón no tuviésemos más que el testimonio de cuatro historiadores, considerados como verdaderos después de rechazados otra porción por fraudulentos y falsarios. Supongamos que esos cuatro historiadores declarados auténticos, se dijese compañeros del navegante genovés en sus travesías y testigos presenciales de todos sus viajes y conquistas. Y supongamos, por fin, que al leer las obras de esos cuatro veraces y fidedignos historiadores nos encontrásemos con que diferían al tratar todo lo importante de los viajes del almirante, se contradecían en lo esencial, y uno nos hablaban de grandes descubrimientos y tomas de posesión de que los otros no dijeran una sola palabra. ¿Qué seguridad podríamos tener acerca de la obra de Colón? ¿Qué crédito nos inspiraría su historia? Absolutamente ninguno.

Pues ¿por qué con Jesús, que ocurre precisamente eso, vamos á juzgar de otro modo?

Y no sólo eso. Con Colón y con todos los demás personajes de la Historia profana, se dan infinitos pormenores y detalles, demostrados y comprobados por el mundo entero, que no dejan lugar á duda respecto á su existencia y sus obras. Pero con Jesús, sucede lo contrario.

¿Se sabe cuándo nació Jesús, según los Evangelios? No; y los intérpretes no han podido aclarar ese extremo. ¿Se sabe en qué edad y año murió? Tampoco, pues eso de los 33 años lo dicen unos comentaristas ó intérpretes, pero otros muchos dicen que murió á los 54. ¿Se sabe algo de su profesión y carrera? Tampoco; unos dicen que fué artesano, y otros médico. ¿Se sabe algo de su familia? Menos; hay quien sostiene que tuvo hermanos, al paso que otros lo niegan. ¿Se conserva su cuerpo? No; ni el suyo, ni el de su madre, ni el de su padre legal, ni el de sus parientes. ¿Se tiene, por último, alguna noticia faja respecto á su físico? Ninguna; cada cual le atribuye la figura que le parece.

Todo esto confesado por la Iglesia, aunque lo oculta cuidadosamente á los fieles.

Fuera de los evangelistas, la verdadera historia, la profana universal, proporciona detalles concretos para saber con exactitud quién fué Cristo, cuándo, cómo, dónde ni con quién vivió y trabajó y cuál fué su auténtica doctrina? No. Luego si todo eso es incuestionable—y si la gente de Iglesia lo niega, que salga á la luz pública y demuestre lo contrario—¿por qué no hemos de despojar de su aureola de auténtica positiva y real, á una figura que tiene mucho más de fantástica que

de efectiva? ¿Por qué hemos de seguir creyendo en Jesús?

Tan simpático, tan agradable, tan sugestivo y atrayente resulta Jesús por la vida y por las doctrinas y predicaciones que se le atribuyen, que seguramente parecerá violenta y aún repulsiva la proposición que acabo de hacer. Lo sé. Muchos dirán: «Eso es ya demasiado! ¡Negar á Jesús! ¿Es que vamos á echar por tierra la hermosa doctrina de la confraternidad universal? ¿Vamos á extremar nuestras creencias hasta destruir el más sublime impulso del orden moral, ó sea, el de solidaridad humana?»

No, señores; ahí está el error. No vamos á profanar en lo más mínimo tan nobles purísimos y elevados impulsos. Lo que vamos á acabar, de una vez para siempre, es con la rutina supersticiosa de creer que en faltándonos la figura de Jesús, va á derrumbarse la doctrina de afecto común humano, que en él viene encarnándose.

¿Por qué ha de derrumbarse? Por lo pronto la Historia demuestra que esos principios de la doctrina atribuida á Jesús, formaban parte de religiones y sectas filosóficas mucho más antiguas que la cristiana. Y que esto haya sucedido así, tiene plena justificación; que antes de Cristo, desde que existieron hombres en la tierra, existiesen esas teorías, se explica perfectamente, porque donde haya habido seres humanos ha tenido que haber siempre razón, que podrá haberse encontrado más ó menos esclavizada y temerosa según las circunstancias, las épocas y los pueblos, pero que nunca habrá dejado de revelarse, proclamando como proclama hoy y proclamará eternamente, que todos los hombres por origen, por naturaleza y por destino somos iguales, y que siendo iguales, debemos considerarnos como hermanos, debemos tratar á los demás como nosotros nos tratamos, debemos estimarlos tanto como nos estimamos nosotros, no deseando para ellos lo que no desearíamos para nosotros.

De manera que no hay que dejarse arrastrar por preocupaciones y falsas alarmas. No importa que siendo racionalistas sinceros, hundamos, con la Historia y la Ciencia en la mano, la ideológica figura de Jesús; porque aun cuando ésta desapareciera en absoluto y para siempre, quedarán sustituyéndola con mayor prestigio, esplendorosos y dominadores, los impercederos dictados de la razón humana, que con Jesús ó sin Jesús, y á despecho de las grandes barbaries de las religiones y la civilización (persecuciones por ideas, opresión de la conciencia, explotación humana, truts, monopolios, paz armada, guerras, etc.) pregonan desde que el mundo existe y pregonarán hasta que todo acabe, la igualdad humana, la fraternidad universal, el odio á la tiranía, el apoyo al desvalido, en una palabra, *el amor al prójimo*.

SALUSTIANO LOSADA
San Sebastián, Enero 1912.

Trocatinta gracioso

El presbítero Benito Gordon, que desempeñaba una parroquia próxima á

Bruselas, era un gran gastrónomo y se pirraba por los arenques.

Al dirigirse un día á la iglesia donde debía pronunciar un sermón acerca de la abstinencia y las privaciones que todo buen cristiano debe imponerse para dar limosna á los templos, pensó con horror en que de vuelta de la misa habían de faltarle sus arenques favoritos.

Esto no podía ser. Introcúcese furtivamente en una pescadería, elige un soberbio arenque, lo paga, y, ocultándolo cuidadosamente en el bolsillo de la sotana, sigue hacia la iglesia. Penetra en la nave sonriente y satisfecho, con la conciencia tranquila y los temores de su estómago desvanecidos, y sube al púlpito.

Jamás había estado tan elocuente: con santa indignación truena contra las gentes que hacen un Dios de su estómago y niegan una moneda de cobre al templo.

En el punto más patético de su peroración, y queriendo acabar de conmovir á sus oyentes, echa mano al bolsillo para sacar de él un crucifijo.

Por desgracia, se equivoca de bolsillo, y en vez del Cristo, blande ante los ojos del pasmado auditorio el arenque.

Desde que lo leí, cada vez que se anuncia un nuevo predicador, me pregunto: ¿qué arenque se traerá éste?

Suum cuique tribue

A los que trabajan, á los que callan á los que sufren, á todos y á cada uno de los que son y se llaman obreros de la inteligencia ó del trabajo manual, á todos, repetimos, hay que darles lo que en justicia les corresponde. Dentro del concierto mundial, dentro del progreso humano, su esfuerzo individual y colectivo se traduce y transforma en adelantos positivos para la sociedad, en riqueza, en comodidades para todos; y esto se logra, poniendo á contribución su trabajo personal, su perseverante y diaria labor.

Si el capitalista ó el Estado facilitan medios de ejecución y los recursos indispensables para toda obra, el sabio, el obrero de la inteligencia, concibe, adivina, crea y prepara con sus especulaciones científicas, los grandes inventos, las grandes reformas que mejoran de modo admirable el modo de ser y vivir en las sociedades modernas. Completando y llevando á la práctica, al terreno de los hechos, las bellas teorías de aquéllos, el obrero manual abre túneles, perfora cordilleras, baja á las entrañas de la tierra, construye vías férreas, conduce locomotoras y trenes, aprisiona el vapor en calderas y recipientes para que en la tierra y en el mar imprima vertiginoso movimiento á las potentes máquinas, á los diversos modos de locomoción terrestre, marítima ó fluvial, que llevan á todas las partes del mundo la riqueza y el bienestar, pregonando con sus sirenas y sus penachos de humo, que son los heraldos, los mensajeros del progreso y de la civilización, que

han de hacer hermanos á todos los hombres como miembros de la gran familia cosmopolita.

Pero estos grandes y positivos progresos no se realizan, no se consiguen sin que se pague á la muerte el doloroso tributo de la inexperiencia y de la imperfección humana, en los comienzos de todo lo nuevo. Los trenes, los vapores, los automóviles, los globos, los aeroplanos, etc., etc., los milagros todos, en suma, de la electricidad y del vapor, los estupendos progresos de la Ciencia y de las Artes, dejan por doquier una luminosa estela de adelanto y de bienestar, aunque esa estela esté salpicada con la sangre de los obreros, que en el taller, en la fábrica, en el túnel, en el pozo minero, en la máquina del tren ó del vapor ó al remontarse en los espacios en la máquina voladora, encontraron la muerte en premio á su sublime y meritoria audacia en provecho de la Humanidad, cuando con el sudor de su frente querían dar de comer á sus hijos, ó á sus padres, que dejaron en el mayor desamparo.

Así, pues, en las grandes hecatombes que se producen, el que arriesga menos es el capitalista y el Estado; si la pérdida de intereses significa y es un mal de consideración, nunca puede compararse á la pérdida del padre, del hijo ó del hermano que eran el sosten de una familia.

De ahí la necesidad de una mayor remuneración para el que trabaja; de ahí que, como justa compensación, haya de otorgársele una participación en los beneficios en toda clase de trabajos y empresas industriales donde se corran tales riesgos.

El proletariado, la democracia moderna con fe y perseverancia, con sus meritorias virtudes, con su trabajo constante é inteligente, realizará este ideal y llegará á la meta de sus aspiraciones. Se apoya en el derecho moderno, y los destellos de luz vivísima que éste proyecta sobre el mando entero, vibran con destellos de redención y penetran en el miserable albergue del que trabaja y sufre en el campo, en el taller, en la fábrica, en la gallería subterránea, en el mar ó en el aire, esperando el premio que merecen sus indiscutibles sacrificios y sus humanas virtudes.

En el reloj de la historia ha llegado la hora de dar á cada cual lo suyo. El obrero es el primer elemento para el progreso y el bienestar de la Humanidad. Si no se le da lo que se le debe, el contrato resulta leonino.

V

LA ESCUELA RACIONALISTA

Todavía no ha llegado á percataarse el vulgo de lo que significa la escuela racionalista.

Todavía tienen valor muchos para educar sus hijos en escuelas donde llenan sus inteligencias de falsedades; donde les enseñan á blasfemar de la vida diciéndoles que nacieron del pecado; á blasfemar de la familia, asegurándoles que es más santo huir de ella y metirse en un convento.

Padres que lleváis vuestros hijos á las escuelas santas donde soñáis con una educación de moralidad y sumos

principios: recordad los escandalosos hechos cometidos recientemente en las escuelas de Maristas de Manzanares y Logroño.

Y si queréis que eduquen bien vuestros hijos, llevadlos á las escuelas racionalistas, donde se excluyen todas las religiones, y no se les enseña nada que no comprendan ni puedan comprobar; y así tendréis hijos honrados, morales, sinceros y conscientes.

MANUEL DE LA RUBIA

Manzanares, 11 Enero 1912.

Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

Céfiro blando

Céfiro que, galanos trovadores,
cantas de amor con labio sonriente,
cantad de esta pasión que el alma siente
y es germen de venturas y dolores.
Aurora sutil, que juegas con las flores
y rizas los cristales de la fuente,
refresca con tus besos esta frente
que surcan los cuidados y temores.
Viento, que por la selva te desatas
y corres por el monte y por el prado,
é impulsas las senantes cataratas,
y en las ondas te duermes sosegado,
¿por qué la hoguera de mi amor no matas?
¡No soples tanto!... ¡Achís! ¡Me he constipado!

De regreso

—¿Adónde su merced tan de mañana,
y á lomos de ese mulo enalbardado?
¿A publicar la bula, diputado?
¿A librar á cautiva castellana?
—Ansioso vuelvo á la ciudad cercana,
á inquirir en su centro dilatado
la paz que en el cortijo no he encontrado,
la paz, consuelo de la vida humana.
—¿Y dónde esa ciudad, mi don Quijote?
—Donde la suña con amor mi anhelo.
—Pues escuche la voz de la experiencia,
y pare, pare su merced el trote:
porque tampoco allí tendrá consuelo,
si no lleva la paz en la conciencia.

La noche después

Penetro en la taberna, pesados
del mundo engañador. —¡Jiló! a, chiquillo!
—¿Qué sirvo á su merced? —Venga un cuartillo.
—¿De lo blanco? —Del bueno y el rojo.
—¿Quié hay vino malo. —¡Mentirosos!
La otra noche me diste un mal vinillo,
que me supo, no á vino, á vinagrillo,
y me puso en estado bichornoso.
—Culpa fué de usarse, no de la casa:
empeño malo el cede, y es probado
que quien bebe sin ton se desternilla.
—Tienes razón: lo bebe á tu tasa.
No pensaré en cortijos en poblado,
ni en los cortijos pensaré en la villa.

D. LORENZO DE MIRANDA



Apariciones

No nos referimos á las apariciones desde el punto de vista de las Bellas Artes, que tanto en el clásico como en el de la Edad Media y en el moderno, han inspirado á los pintores más insignes composiciones impercederas, basadas en la aparición sobrenatural de un ser de ultramundo que se presenta á los mortales con determinado designio.

En los poemas homéricos, en las tragedias griegas y en las fábulas mitológicas se encuentran infinidad de asuntos de esta índole, que utilizaran en gran manera los artistas greco-romanos, y posteriormente en la Historia de la Iglesia romana que aprovechó para su engrandecimiento el arte cristiano.

Las visiones fantásticas son muy frecuentes durante el estado febril. Entre la vigilia y el sueño, la mente inflamada ve seres imaginarios y oye voces que nadie puede articular. El espanto, el amor, el dolor y los remordimientos pueden producir también trastornos pasajeros de esta clase en las mentes excitadas.

Las historias de apariciones son innumerables, y la ciencia moderna, que niega en redondo la realidad de tales patrañas, explica en cambio racionalmente las causas patológicas de estas ficciones.

Pero no es este nuestro objeto, sino demostrar, recordando viejas apariciones, que todas ellas tenían un fin utilitario para la Iglesia que mantenía esta clase de supersticiones.

Bossuet, en la oración fúnebre de la princesa palatina, refiere dos visiones que regularon la conducta de sus últimos años. Dice que la princesa, después de haber prestado cien mil francos á su hermana la reina de Polonia, vendido el ducado de Retelois por un millón, y casado ventajosamente á sus hijas, afortunada á los ojos del mundo, pero dudando de las verdades de la religión católica, tuvo un sueño. Se le apareció un ciego de nacimiento y le dijo que, como no tenía ninguna idea de la luz, le era forzoso creer á los demás sobre lo que de ella decían. En la segunda visión se le apareció una gallina que corría en busca de un polluelo que un perro llevaba en la boca. La princesa quitó el polluelo al perro y oyó una voz que le dice: —Vuelve el polluelo al perro, porque si le quitas la comida será mal guardián. —No, exclamó la princesa, no se lo volveré. El polluelo era la misma princesa, la gallina era la Iglesia, el perro era el diablo, la voluntad de no devolver jamás el pollo al perro era la gracia eficaz.

En un librito titulado *Aparición espantosa de demonios en la casa de un gentil-hombre de Suecia en el año de 1609*, relación que imprimió en París en el mismo año, se puede leer la más graciosa y estupenda historia de apariciones. Unos diablitos en figura de lobos, osos, gatos y formas humanas de horribles cataduras, invaden la vivienda del crédulo gentil hombre mientras éste se halla oyendo atentamente el sermón del cura. Llegó á la iglesia desprovisto del criado del señor, acuden éste y el cura á la casa, donde tiene lugar un peregrino discreto con los diablitos, regatean-

do éstos las condiciones en que han de desalojar la casa y soltar un niño del gentil nombre que han cogido en rehenes. Naturalmente que todo se arregla mediante cuantiosas ofrendas á la Virgen que el pobre embaucado gentil nombre ofrece por mediación del la gartón del cura. Es un libro curiosísimo y... sumamente instructivo. Siento no tener espacio para reproducir los diálogos con los diablos, que son notabilísimos.

En otro libro titulado *Grandes y maravillosos acontecimientos en la ciudad de Besanzon, causados por un terremoto*, impreso en Castel Salins por el maestro Colombier, año 1568, se lee que el día 3 de Diciembre á eso de las nueve de la mañana, haciendo un tiempo suave y hermoso sol, vióse en los aires la figura de un hombre muy alto, «como nueve lanzas», que dijo tres veces:—«Pueblos, pueblos, pueblos, enmendaos ó ha llegado el fin de vuestros días».—Dichas estas palabras ante diez mil personas, pues era día de mercado, la mencionada figura voló al cielo. Una hora después sobrevino el terremoto que describe prolijamente el libro, quedando en pie ¡oh milagro! solamente la iglesia y tres casas que la rodeaban, y salvándose únicamente las contadas personas que estaban rezando ó iban en una procesión que se organizó al oír las terribles palabras del gigante.

Apariciones del otro mundo para encargar misas por el alma de los difuntos que han dejado en este valle de lágrimas más de cuatro pesetas, es sabido que abundan en los libros religiosos, y aun en nuestros tiempos suele haber apariciones de esta categoría en los pueblecillos más atrasados de Francia, Italia y la católica España.

Como son tan vulgares y pedestres estas apariciones no doy ninguna muestra de ellas, pero sí daré, para terminar, ligera noticia de la famosa posesa de Laou, Nicolasa de Aubry, relacionada con apariciones y toda clase de fanatismos, que retratan aquella religiosa y malhadada época del siglo XVI. La historia de donde voy á tomar los datos está escrita por Boulvère, catedrático de hebreo en el colegio de Montaigne y debe estar publicada hacia 1570.

Nicolasa de Aubry de Vervins, hija de un carnicero, y casada con un sastre, iba á rogar á la tumba de su abuelo, muerto sin confesión, cuando creyó verle salir del sepulcro, mandando que le hiciese decir misas para el descanso de su alma, que estaba en el purgatorio. La joven cayó enferma del susto, y como su dolencia se acentura, creyeron que el diablo había tomado la forma de Vicillot, abuelo de Nicolasa, y que ésta estaba poseída del espíritu malo.

Seguros de ello, Claudio Lautrichet, cura, y Guillermo Lourdet, maestro de escuela, conjuraron al espíritu que se titulaba el alma, ó buen ángel del difunto, si bien que por sus palabras y efectos se le juzgó por ángel de las tinieblas, el satánico, Pedro de Lanoye, religioso dominico y gran exorcista, hizo confesar al espíritu que era Belcebú; mandáronse luego rezos, ayunos y maceraciones; un fraile se azotó públicamente para obtener la expulsión del demonio; en su exorcismo se hizo comulgar á la posesa y cesó de brincar, lo cual, visto por un sacerdote, transportado de alegría exclamó hablando al dia-

blo:—¡Ah, tunante, ya te hemos vencido!—Empero una vez digerida la hostia volvió Satán, paralizó los miembros de Nicolasa y por poco se la lleva. Veintinueve demonios negros vinieron entonces en auxilio de Belcebú; veinte fueron conjurados en nombre de la Virgen de Lieja, otro se fugó á Perrepoint sin exorcizarle, pero los restantes demonios dijeron que sólo cedían su puesto ante el ilustre Juan de Bour, obispo y duque de Laon.

Pocos días después exorcizó á la posesa este obispo en persona, y consiguió arrojar al demonio Astarokh, que salió bajo la forma de un puerco, á Cerbero bajo la de un perro, y finalmente á Belcebú bajo la forma de un toro, el cual confesó la presencia real en la Encarnista. Luego se levantó una gran humareda, oyéronse dos horribles truenos, una densa niebla rodeó los campanarios y el diablo desapareció entre nubes de azufre.

Nicolasa Aubry estaba casi muerta, y volviósela á la vida con una oración que San Bernardo había compuesto y que el obispo recitó sobre su cabeza, hecho lo cual para disponerse á colgarla del cuello un papel preservativo, ayunó todo el día, según dice la historia.

Carlos IX, estando en Laon el martes 27 de Agosto de 1566, se hizo referir estos milagros y mandó que le presentasen en Marchais á Nicolasa Aubry. Compareció ésta ante el rey y Catalina de Médicis, y aquel mandó dar al marido de Nicolasa diez escudos, otorgando al obispo de Laon grandes mercedes por su acierto en el difícil arte del exorcismo.

Que es lo que se trataba de demostrar.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona Enero 1912.

Observaciones curiosas

Leo que una pareja de golondrinas, durante la cría, está cada día 15 horas en continuo movimiento.

Que el macho y la hembra llevan en una hora veinte veces alimento á los pajarillos, y hacen más de sesenta viajes al nido.

Que como cada uno puede llevar en su boca de 10 á 20 insectos, la pareja destruye diariamente 60.000 insectos para alimentar á sus pequeñuelos.

Que ella misma come 600 moscas cada día: de suerte que una familia de golondrinas destruye diariamente 7.000 insectos, ó sean 210.000 en un mes.

Y que suponiendo instaladas en una localidad 100 golondrinas, en el verano habrá dado fin á 57 millones de insectos.

Activas y voraces son, y gran servicio prestan á la agricultura acabando con los insectos; mas quisiera yo verlas si los insectos abundaran tanto como los frailes en España. Por muchos que destruyesen, ni se notaría siquiera.

Y á propósito:

Todo ser, chico ó grande, perece á

manos de otro, por ley inflexible é inexcusable de la Naturaleza.

Créase hasta hoy que esa ley no tenía excepciones, y se ha descubierto ahora que tiene una: el fraile.

Durante algún tiempo, sobre todo en la primera mitad del siglo pasado, sosteníase en España que el apéndice del fraile era el liberal, en la forma que el gato lo es del ratón; mas experiencias posteriores han destruido por completo esa teoría. En vez de destruirlo, el liberal, por el contrario, es el ser que alimenta, sostiene y defiende al fraile.

Quedamos, pues, en que el fraile es el único animal en la creación que no perece á manos de otro, por haberse convertido en auxiliar y protector suyo el que antes pasaba por su enemigo.

Así está él de gordo y satisfecho.

Por el buen camino

El penitenciario arrugaba la carta entre sus manos, apretando los dientes y chispeando la cólera en sus ojos.

—¿Es decir—pensaba—que va á resultar inútil todo cuanto he hecho por él? Lo había presentado al obispo como un santo y ahora me sale con esas aventuras... ¡Y al principio de su carrera, cuando debiera aparecer con todas las virtudes que deben adornar á un sacerdote que quiera prosperar y llegar hasta los puestos más elevados! Intenciones me dan de inutilizarlo para toda su vida.

Desarrugó la carta como mejor pudo y leyó lo siguiente:

«Mucho siento dar á usted una mala noticia; pero de no hacerlo pudiera llegar el mal á ser irremediable y usted mismo me culparía de no haberle prevenido á tiempo.

Es el caso que su recomendado don Fermín cayó aquí divinamente; todos estábamos contentos con él; yo el primero. Se dió las mejores trazas para fomentar la devoción, creó cofradías, resucitó viejas hermandades y atrajo á los tibios, exaltando á los fervorosos. Los devotos lo veneraban y todo marchaba viento en popa, cuando en mal hora vino al pueblo una cuadrilla de saltimbanquis, y he aquí que mi señor teniente se enamora de una de aquellas perdidas y ella le corresponde de la manera más descarada. Nada se hubiera perdido si la cosa no fuera pública; antes tuvo otras aventurillas y yo fui el primero en evitar las consecuencias; pere ahora...

Ahora, señor penitenciario, el escándalo es formidable; hasta ha salido en los periódicos! Creo absolutamente indispensable que llame usted á su protegido, pues en el pueblo no puede continuar de ninguna manera.

El penitenciario volvió á estrujar la carta, y tan nervioso,

«que donde pone la pluma el delgado papel rasga, escribió á don Fermín una carta reducida á un renglón:

«Si no vienes inmediatamente, haré que te traiga la Guardia civil.»

Entretante el joven sacerdote hacía protestas de amor arrodillado á los

piesde la bailarina. Ella le escuchaba embriagada, interrumpiéndole sólo para preguntarle afanosamente:

—¿Pero es verdad que me quieres tanto como dices?

—Más, mucho más—contestaba él—; no he amado á nadie en el mundo; no he conocido á mi padre y apenas si llegué á disfrutar las caricias de mi madre. Me he criado en el seminario, y en el seminario no hay afectos; al verte se ha desbordado la ternura que se encerraba en mi corazón, y soy tuyo y no aspiró á más dicha que á la que me dé tu amor.

La pobre artista estaba conmovida; nunca había sonado en sus oídos lenguaje semejante; el amor que le habían pedido y el que ella había dado no era aquello; sus antiguos amores habían sido pasiones sin ternura, como flores sin aroma, y en vez de llevar á su corazón el calor de la vida le habían rodeado del hielo de la muerte.

Se sentía subyugada, creía respirar en otro mundo. ¡Había vivido ofreciéndose en perpetuo holocausto en las aras del amor y no había conocido al Dios á quien servía! Había algo más allá del goce brutal de la materia, había también dulzuras para el alma, embriagueces que sublimaban el deseo y dignificaban la posesión. El amor era algo más que el placer, era la felicidad, una felicidad eterna, infinita, que debía de triunfar hasta de la muerte.

Don Fermín está ante el penitenciario, que lo mide de arriba abajo con furiosas miradas.

—¡Está muy bien!—dice.—No me meto en la gravedad del pecado porque *errare humanum est* y cada uno tenemos los nuestros; pero el escándalo, ese es el mal, el escándalo. Supongamos que estos casos llegan á oídos del obispo y que, por consecuencia, te priva de licencias; ¿quieres decirme de qué vas á vivir? La educación del seminario te ha inutilizado para las luchas de la vida y sucumbirás. Esa... tornará á su antigua vida y te volverá la espalda, y tú... ¿qué harás tú, desgraciado?

Don Fermín permanecía silencioso y con la cabeza baja; si el penitenciario hubiera tenido mejor vista, habría visto que de vez en cuando se dibujaba una leve sonrisa en los labios del joven sacerdote.

La plática concluyó ordenándole que al día siguiente se presentara á hacer ejercicios espirituales en un convento, á lo que Don Fermín accedió sin poner el más pequeño reparo. Había escapado mucho mejor de lo que esperaba.

Temía que le recogieran las licencias; pero el penitenciario, muy severo para los demás, era muy blando para aquel joven que no había conocido á su padre y que no tenía otro protector en la tierra.

De esto se murmuraba un poco y hasta se afirmaba... pero ¡quién sabe!

Don Fermín fué al convento, hizo los ejercicios que se le ordenaron, lloró sus culpas, prometió la enmienda y salió resuelto á obrar con más cautela; en cuanto á lo de pecar ya lo había dicho el penitenciario: *errare humanum est*.

Llegó á la casa donde se hospedaba

y allí aguardó á que llegase la noche, y en cuanto cerro ésta salió envuelto en el amplio manto, se encaminó á una callejuela oscura y desierta y penetró en una casa cuya puerta le abrieron apenas hubo llamado.

A poco rato salió completamente transformado; el manto había sido sustituido por una airosa capa andaluza, y el rostro, poco antes cuidadosamente afeitado, presentaba una hermosa barba negra; un sombrero calabrés completaba el disfraz.

El hombre había sustituido al cura, que, así ataviado, fué á caer en los brazos de la bailarina, que le esperaba ansiosa y enamorada.

* *

¿Cómo lo supo el penitenciario? No he podido averiguarlo; pero ello es que lo supo, y lo supo sin irritarse, sin mostrarse incomodado; por el contrario, sonrió bondadosamente y exclamó: «Este chico hará carrera; evitar el escándalo: he aquí el fundamento de la moral.»

Don Fermín entretanto seguía visitando á la bailarina y pensando que la carrera de santo varón no es tan difícil como parece á primera vista.

J. AMBROSIO PÉREZ

Uno del oficio

Refiriéndose á las horribles persecuciones que padece la Iglesia en estos tiempos de liberalismo y lo mal que viven sus ministros, dice uno de éstos:

«Los edificios que á cada instante surgen, las nuevas iglesias, los colegios frailunos, todos rindiendo muchos miles de duros; los depósitos de millones y más millones en el Banco; el sin número de fincas que en la Península posee el Papa; los miles de duros que desde aquí le envía el gobierno, protervo engendro del satanismo liberal, y los particulares en donativos, presentes de peregrinación ó en otras formas; el presupuesto oficial de cerca de setenta millones; el municipal y de Beneficencia; el pie de altar que puede cobrar la Iglesia haciendo valer sus aranceles ante los jueces como si fueran capítulos de una contribución establecida... todo eso, ¿no prueba de sobra la inaguantable, cruel é inhumana persecución que la Iglesia padece?»

Satírico está el clérigo; sabe á donde apunta y que da en medio del blanco.

Es la ventaja que tienen los del oficio, que pueden detallar lo que nosotros los seglares decimos en conjunto: que la Iglesia se nos come.

Por activa y por pasiva.

Remitido

Señor director de EL MOTIN.

Muy señor nuestro y de nuestra mayor consideración y aprecio. Hemos leído un artículo publicado en el periódico de Madrid *El Mundo*, en su número del día 31 de Diciembre último. No vamos á juzgar la corteza del articulista; se deduce del estilo. Tenemos,

no obstante, que protestar contra la injusticia que comete, calificando á Pablo Iglesias de enemigo de España, y suponiendo que dió pruebas de anti-españolismo á su paso por Lisboa. El jefe del socialismo español vino invitado por sus colegas de Portugal. En las horas que se detuvo en Lisboa, «El Centro Democrático Español» se honró recibiendo en su casa y ofreciéndole su tribuna.

La conferencia del diputado por Madrid tuvo entre sus párrafos un verdadero canto á la patria; por cuya dicha hizo fervientes votos y para la que pidió la cooperación de todos sus hijos, más amantes de ella mientras mayor es la distancia que les separa de la madre común. No de otro modo hubiera podido hablar en un Centro cuyo escudo va envuelto en los pliegues de la noble bandera española.

En nombre del «Centro Escolar» protestamos contra las insidias sectarias que quieren manchar el honor de los verdaderos patriotas.

No es adulando al poder, ni disfrutando de sus ventajas como se sirve á la patria. Para dar patentes de españolismo, invitamos á los redactores de *El Mundo* á que den un paseo fuera de España y escuchen el juicio de los extranjeros; ellos les dirán quiénes llevan á nuestra desgraciada patria por el camino del deshonor y la ruina.

Rogándole la inserción de este comunicado, se ofrecen á usted en toda consideración afectísimos seguros servidores q. s. m. e.

Por la Junta directiva del «Centro Escolar Democrático Español».—El Presidente, JOSÉ RODRÍGUEZ PRIETO.

Lisboa, 5 Enero 1912.

La santa misión

«¡Los misioneros! ¡Los misioneros! ¡Ya llegan; ya están en el pueblo; vienen á convertirlo, á santificarlo, á transformararlo! Acabáronse las riñas y los odios; terminaron para siempre las disensiones matrimoniales; no quedará ni rastro de la usura; borrarás hasta la menor huella de pecados contra la castidad. ¡Qué beneficio tan grande para un pueblo! Seguramente que los misioneros llegarán vestidos con un saco, ceñidos con una cuerda, descalzos de pie y pierna, y no comerán más que raíces, ni beberán más que agua, ni hablarán más que de Dios! ¡Qué sensación hará el ver unos hombres desprendidos de todo lo creado, permanentes en la tierra como por casualidad, pero con sus pensamientos y afectos en el cielo!»

Pues resulta que los misioneros son unos señores muy bien mantenidos y coloradotes, vestidos con todo el confort posible, con su abrigo por si se levanta un poco de aire frío y su sotana ligera por si acaso hace calor. Comen todo lo que se les da, prefiriendo la carne á los pescados, los pescados á las legumbres, y éstas á las hierbas. Duermen en buenas camas, y aun dicen los que los han alojado, que suelen roncar de un modo ruidoso y esplendente.

Son la alegría de todos cuantos los tratan por su carácter alegre y bullanguero. ¡No son cuentos chascarrillos y

anécdotas los que ellos se traen! Cuando de sobremesa toman la palabra, las carcajadas se oyen en una lengua á la redonda. Aún con la risa del último cuento verdecillo, empuñan el crucifijo para amedrentar al pueblo con el recuerdo de las terribles verdades eternas. La verdad es que sacan grandes frutos de sus apostólicos trabajos.

Tienen mucha prudencia. Pero si ellos se empeñaran en que los afligidos más de lo regalar al mosto dejaran de beber, los amantes de Venus dejaran de amar *criminally*, los apasionados por lo ajeno dejaran de robar ó prestar al ochenta por ciento, las mujeres guardarán fidelidad absoluta á sus maridos y los maridos á las mujeres, los devotos y devotas no murmuraran más, y todos empezaran á vivir como manda la ley cristiana, su fracaso sería terrible; veríase que nadie les hacía caso y las misiones caerían en desuso.

No, no se trate de que nadie cambie nada de sus costumbres ó de sus vicios. Salga una procesión de niños y niñas llevando muchas banderitas de papel de color. ¡Qué espectáculo tan bonito! ¡Cuánto colorido! Vengan cánticos acordados en que sobresalga la vez de becerro de algún padre:

«¡Oh María, madre mía,
oh consuelo del mortal;
amparadme y guíadme
á la patria celestial!»

Roncos vuelven á sus casas los chicos y el padre misionero. ¡Lo que ellos han gritado! ¡Qué hermosura! ¡Qué fruto tan sazonado de la misión!

Es necesario también que la iglesia se llene de bote en bote de mujeres. De los hombres hace ya mucho tiempo que han prescindido los eclesiásticos: están todos destinados al Infierno. Y una vez repleta de mujeres la iglesia, sube al pulpito un padre de voz estentórea que causa espanto y amedrenta sólo con su acento.

«¡Hoy vengo á hablaros de un monstruo horrible! Tiene patas de dragón! ¡Alas de murciélago! ¡Sus ojos son dos carbones encendidos! ¡Su lengua la quinta esencia del veneno! Y ¿dónde está ese monstruo? ¡Tú lo tienes, mujer mundana! ¡Tú lo tienes, joven libertina, porque este monstruo... es el pecado!»

Las viejas rompen á llorar, jóyense suspiros por todas partes! «¡Ah, Jesús mío amorosísimo! ¡Ah, madre mía de la Cintel! ¡Ah, Roque de mi alma! El sermón ha surtido efecto maravilloso, y el misionero se acuesta aquella noche diciendo: «Verdaderamente Dios me ha concedido el don de la inocencia.»

Llega el día solemne de la comunión general, y como las misiones se clasifican y dividen en buenas, medianas y malas, según el número de comuniones, los padres quieren y buscan á todo trance que éstas se cuenten por miles, si puede ser. ¡Y vaya si puede ser! Los misioneros tienen manga muy ancha para la confesión. No preguntan nada. Se contentan con lo que se les dice, y hasta parece que se quedan más contentos cuando el penitente ó penitente no dice nada y acaba pronto. Que haya muchos que se confiesen es lo que importa; y si tardan poco, mejor. El tiempo es oro hasta en las misiones.

El día de la comunión general es necesario que saigan tres ó cuatro sacerdotes al altar para repartir las hostias. Casi todo el pueblo ha comulgado; to-

do el pueblo se ha convertido. ¡Vivan los misioneros!

¡Menuda paliza se llevan aquel día las mujeres que tardan una hora más en servir la comida á sus maridos! ¡Qué diálogos tan tiernos sostienen aquella misma noche las casadas con sus amigos íntimos! ¡Qué intenciones hacen los novios al hablar por la reja con sus novias! ¡Con qué fruición D. Mamerto, el usurero, que comulgó por la mañana, hace firmar el pagaré al infeliz que cae entre sus garras!

Pero todos, usureros, lujuriosos, ladrones, adúlteros, amancebados ó hipócritas, salen al día siguiente al camino de la estación, precedidos por los chicos de las escuelas con sus banderitas, y gritando á más y mejor:

«¡Oh María, madre mía,
oh consuelo del mortal;
amparadme y guíadme
á la patria celestial!»

El cura, cuando va se queda solo con su ama, le dice:—¿Ver si por lo menos durante tres ó cuatro días echas algo es ta gente en el cepillo de las ánimas! A lo que contesta ella:—¿Cómo no echen!...

A lo lejos se oye el rumor:

«¡Y guíadme
á la patria celestial!»

GIL BLAS DE SANTILLANA

La simonía

SIMONÍA, f. La compra ó venta de cosas espirituales ó que dependan de ellas.

(Diccionario de la lengua castellana por la Academia española. 1899.)

SIMONIA.

.....

.....

(Diccionario de teología).

I

La compra y venta de las cosas espirituales es uno de los vicios que á la Iglesia católica suelen achacar sus enemigos.

Sobre el tema de la simonía se levantaron hace mucho tiempo dos argumentos contrarios, que no sé yo cómo no se cansan de estar en pie.

Dicen los incrédulos: «Cuando otra prueba no hubiera de que la Iglesia es una mera institución humana, bastaría ver el vergonzoso comercio que ha hecho de las cosas espirituales.»

Y dicen los creyentes: «La mayor prueba de que la Iglesia es de origen divino, consiste precisamente en ver que sobrevive, á pesar de esas vergonzosas acciones que ha cometido.»

Y replican aquellos: «Pues si hubiese sido divina, no se habría manchado con tantos crímenes.»

Y contrarreplican los otros: «Pues si no hubiese sido divina, tantos crímenes habrían acabado con ella.»

Y vuelven á empezar.

Porque es cosa admirable la paciencia que tienen para repetir siempre lo mismo los que disputan sobre Iglesia.

Y sobre todo, es admirable en los in-

crédulos, que son los que pagan; que en los creyentes que cobran, ya se concede más fácilmente la temeridad con que disputan.

II

La teología ha resuelto ya teológicamente el punto: sólo falta que sea aceptada su solución para que cese esa eterna controversia.

¿Se cita un hecho remoto de crímenes, vicios é ignorancia en la gran mayoría de los eclesiásticos?

Pues se responde: «El mal no estaba en la Iglesia, sino en la barbarie de los tiempos.»

¿Se habla de la barbarie de esos mismos tiempos?

Pues se replica: «Nunca brilló más pura que entonces la fe, ni fué más respetada la Iglesia.»

¿Se habla de la codicia y la lujuria de los sacerdotes?

Pues no hay más que citar á alguno que viviese pobre y castamente.

¿Se la censura por su riqueza?

¡Si la Iglesia nunca ha poseído nada!

¿Se habla de leyes de desamortización?

¡Si los liberales han despojado á la Iglesia de inmensos bienes!

De suerte, que con diez ó doce combinaciones de palabras, se demuestra, según convenga á píos ó impíos, que la Iglesia siempre ha sido pobre y rica; divinamente sabia y santamente ignorante; ajena á los negocios mundanos y encargada de todos los intereses sociales; superior á todas las potestades de la tierra, y víctima de los desmanes de los poderosos; administradora íntegra de los pobres, y con derecho á todo lo que los pobres poseyeron; esencialmente mística, y fomentadora de las artes de lujo.

¿Se puede pedir más?

Ha hecho como el que mató á su padre y después suplicaba al tribunal que se apiadase de un pobre huérfano.

Así opinan los impíos.

ROBERTO ROBERT.

ALMANAQUE
DE LA INQUISICION
POR "EL MOTIN"
PRECIO: UNA PESETA

Calendario
del Obrero
para 1912

POR

JOSE MORATO

Precio: 15 céntimos.

MPB EN LA DOMINGO BLANCO, -LIBRERÍA, 81